Diez relatos sobre hipotecas tóxicas y otros abusos

Finalistas del
Primer Concurso de Relatos Cortos:
Consumidores y Vivienda
en Tiempos de Crisis







Diez relatos sobre hipotecas tóxicas y otros abusos

Edita:

ADICAE, Asociación de Usuarios de Bancos, Cajas y Seguros Servicios centrales: C/ Gavin 12, local. 50001 Zaragoza. Colabora: Agencia Española de Consumo, Seguridad Alimentaria y Nutrición. Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad. Depósito legal: Z 1604-2016 Impreso en papel reciclado.

Diez relatos sobre hipotecas tóxicas y otros abusos

Finalistas del Primer Concurso de Relatos Cortos: Consumidores y Vivienda en Tiempos de Crisis





ADICAE, CONSUMIDORES CRÍTICOS, RESPONSABLES Y SOLIDARIOS

PRESENTACIÓN

as malas políticas de vivienda y los abusos hipotecarios han estado en el germen de la larga crisis que padecemos. Y todavía siguen generando auténticos dramas entre los ciudadanos, atrapados por la voracidad del sector financiero.

Las malas prácticas bancarias, las hipotecas repletas de cláusulas abusivas, la tragedia familiar de los desahucios y, en definitiva, los grandes perjuicios sufridos por los consumidores en el ámbito inmobiliario e hipotecario, dan para infinitos relatos.

Las diez historias que recoge este libro son una selección de las mejores que se han presentado al *Primer Concurso de Relatos Cortos Consumidores y Vivienda en Tiempos de Crisis,* convocado por ADICAE (Asociación de Usuarios de Bancos, Cajas y Seguros). Dada la gran calidad de los relatos recibidos, esta selección podría tener el triple de títulos, aunque por razones de espacio hayamos seleccionado sólo diez. Y, como en la gran literatura, las historias trágicas de algunos desahucios alternan con relatos cómicos que, por lo menos, nos hablan con humor de las malas prácticas bancarias y de los desmanes financieros que padecen los ciudadanos.

ADICAE — asociación sin ánimo de lucro que lleva casi tres décadas luchando contra los abusos del sector financiero —

pretende así que se nos cuente la crisis inmobiliaria e hipotecaria a través de la voz de algunos de los principales afectados. Son ellos quienes pueden ayudarnos más con sus historias, para que aprendamos de sus experiencias y no nos dejemos seguir engañando.

Lamentablemente, sigue habiendo desahucios, ahora silenciosos, discretos y, hasta en alguna ocasión, con dación en pago. Es decir, sin que les quede a las víctimas una deuda infamante y de por vida. Y hasta con alguna caritativa vivienda social; igualmente, siguen sin solucionarse el fraude masivo de las cláusulas suelo a cientos de miles de familias y otros muchos problemas hipotecarios y del crédito.

Y todo esto, amable lector, sin que muchos hayan aprendido la lección, salvo los mismos que causaron la gran crisis inmobiliaria e hipotecaria, que ya se lanzan de nuevo a intentar otros fraudes con la vivienda y las hipotecas, con viejos y nuevos abusos.

Gracias, pues, a estos valientes literatos sociales y a su buena y amable lección.

> Manuel Pardos Presidente de ADICAE

PRIMER CONCURSO DE RELATOS CORTOS: CONSUMIDORES Y VIVIENDA EN TIEMPOS DE CRISIS

ADICAE (Asociación de Usuarios de Bancos, Cajas y Seguros) es la organización de consumidores sin ánimo de lucro que se enfrenta a los abusos contra el ahorro desde hace casi tres décadas. En un intento por estimular nuevas formas de comunicación que fomenten un consumo crítico, responsable y solidario, ADICAE convocó su Primer Concurso de Relatos Cortos: Consumidores y vivienda en tiempos de crisis.

Enmarcado en su proyecto Claves para evitar una burbuja inmobiliaria 2.0, este concurso (al que se han presentado un centenar de originales) pretende recoger relatos, de ficción o basados en hechos reales, que giren en torno a las malas prácticas y abusos en materia hipotecaria, y que además incidan en la importancia de la lucha colectiva de los ciudadanos por el derecho a una vivienda digna.

El libro que tiene entre sus manos recoge los diez relatos finalistas que —con humor, ironía y crítica, aunque en algunos casos no exentos de cierta dosis de drama— mejor han demostrado que también a través de la literatura se pueden reivindicar eficazmente los derechos de los consumidores.

Un jurado compuesto por miembros de **ADICAE** y escritores independientes ha elegido estos diez relatos entre todos los presentados. Los autores de los dos relatos ganadores (los

dos primeros que encabezan esta selección) recibirán un ordenador portátil y una *tablet*, respectivamente, además de diez ejemplares cada uno de este libro con los relatos finalistas.

JURADO

Manuel Pardos (Presidente de ADICAE, profesor de Filosofía), Fernando Herrero (Secretario General de ADICAE, economista), Patricia de Blas (Departamento de Comunicación de ADICAE), José Manuel Soriano (poeta) y Manuel Moreno Capa (periodista y escritor).

LOS RELATOS Y AUTORES FINALISTAS

(entre paréntesis, sus seudónimos)

Entre el euríbor y los espectros, de José Ignacio Guerrero Vara (Quillca).

Sábanas pintadas en los balcones, de Alejandro Rey Millán (*Vasili Vasilievich*).

Dónde caben cinco..., de Manuel Picó Descalzo (Elena Ejido).

Verídica y brevísima relación de la creación y hechura de nuestro señor el Banco, de Manuel Martínez González (*Perry Frástico*).

¿Pero qué he heredado?, de Juan Miguel Rivero Ortíz (J. Memphis).

The Superherloans, de José Ibáñez Bengoechea (El Niño Tortuga).

Alfredo y Eulalia, de Daniel Soler Boquera (Leo Lister).

Cuando la muerte llama a la puerta, de Izarbe Gil Márquez (Penny Lane).

Deshipotecado, de Rafael Tabares Ruíz (El Moro).

Rebeldes con causa, de José Martínez Moreno (Joseph M. Brown).

LOS DOS RELATOS GANADORES

Primer premio: **Entre el euríbor y los espectros**, de José Ignacio Guerrero Vara (*Quillca*).

Segundo premio: **Sábanas pintadas en los balcones**, de Alejandro Rey Millán (*Vasili Varilievich*).

ÍNDICE

Entre el euríbor y los espectros	13	
Sábanas pintadas en los balcones	23	
Dónde caben cinco		
Verídica y brevísima relación de la creación y hechura		
de nuestro señor el Banco	45	
¿Pero qué he heredado?		
The Superherloans	65	
Alfredo y Eulalia	75	
Cuando la muerte llama a la puerta		
Deshipotecado	97	
Rebeldes con causa	109	

ADICAE, CONSUMIDORES CRÍTICOS, RESPONSABLES Y SOLIDARIOS

Entre el Euríbor y los espectros relata, con humor e ironía, cómo hasta los fantasmas del pasado que aún se cuelan entre los muros de nuestras casas son víctimas de las malas prácticas bancarias y de los abusos en materia hipotecaria. Espíritus que se quejan de la "comisión de apertura" pese a que han entrado en el banco traspasando las paredes, de tener que contratar un seguro de vida aunque estén muertos... o de hipotecarse hasta la eternidad. Un original modo de explicar que los abusos bancarios no respetan ni a los difuntos y que la mejor manera de combatirlos es que hasta los espectros se solidaricen con los vivos y salgan todos juntos a la calle a reclamar sus derechos.



ENTRE EL EURÍBOR Y LOS ESPECTROS

Por José Ignacio Guerrero Vara (Quillca)

¬ s difícil decir si primero fue la hipoteca o fueron los fantasmas, aunque seguro que, si nos remontamos al principio de los tiempos de la prehistoria, lo primero que nos encontramos es la cueva como solución habitacional para el cavernícola y sólo después, generación tras generación, unos cuantos asesinatos y las sucesivas muertes dramáticas de sus habitantes irían creando los espectrales inquilinos que la hechizan para habitarla por los siglos de los siglos. Primero la vivienda, luego la inevitable hipoteca y sólo más tarde los fantasmas. Para compartir espacio con estos últimos no hace falta poseer un viejo castillo medieval o una tétrica mansión al viejo estilo de los relatos de la narrativa gótica, una casa encantada de las que asustan a los niños en Haloween. Los fantasmas que habitaron las cavernas evolucionaron y se acabaron vinculando a cada tipo diferente de hogar, a las chozas de barro, a las domus y las ínsulas romanas, las cabañas de madera, los chamizos, barracas o palacios y, al final, inevitablemente, también a los bloques de apartamentos. Si hasta puede haber fantasmas en las casas prefabricadas que se montan como un puzzle de piezas impresas por una impresora 3D o en las caravanas que son reflejo de una vida libre y nómada.

Con la cantidad de siglos que el ser humano lleva sobre la tierra, no es difícil darse cuenta de que el número de los muertos aventaja por mucho al de los vivos y, aunque se necesitan una serie de azares y poderosos sentimientos mal gestionados para traer un alma desde el más allá, en el día a día convivimos con más espectros de lo que pensamos.

Hasta hace poco casi todos se llevaban bien con los fantasmas de sus casas, la mayoría porque no los veía, es cierto, y algunos que sí los veíamos hacíamos lo posible por tolerarnos mutuamente. Algún fenómeno *polstergeist* por aquí, una súbita aparición en el espejo cuando me tenía que afeitar, algún susto de vez en cuando o un molesto escalofrío, en fin, las típicas manifestaciones ectoplásmicas que no afectaban para nada nuestra rutina.

Las cosas cambiaron.

Y es verdad que si no hubiera sido por la burbuja de las hipotecas *subprime*, el final del negocio inmobiliario, la caída de las cajas de ahorros y la sucesión inevitable de fichas de dominó que se derriban las unas a las otras, si no hubiera sido por eso es probable que humanos y espíritus nos hubiéramos seguido llevando bien o, al menos, tolerándonos. Si no hubiera sido por los Expedientes de Regulación de Empleo, por el trabajo precario, por el fin del subsidio del paro... si no hubiera sido porque la mayoría no llegaba a fin de mes, si no hubiera sido por todo eso, los seres humanos nunca se hubieran dado cuenta de la existencia de los compañeros fantasmales con que compartían sus viviendas.

Y así no hubiéramos tenido que cobrarle un alquiler a todos los espectros que hechizaban nuestros hogares. Y entonces tal vez ellos no hubieran tenido que buscarse un trabajo o intentar conseguir crédito de cualquier forma posible... Algunos hasta trataron ilusamente de independizarse con el alquiler o hasta con la compra de un piso. Y así la ciudad se hubiera ahorrado unos cuantos conflictos y toda la oleada de rabia y frustración que unas criaturas sin materialidad pueden desarrollar al intentar comprender los entresijos del sistema bancario y las trampas del mercado inmobiliario.

Pero, claro, con tantos condicionales, tantos "y si", no puedo evitar pensar en las frases que siempre repetía mi padre como si fuera un disco rayado. Decía "cuando seas padre comerás huevos". Decía "lo que es de uno es de uno...". Decía "una cosa es libertad y otra libertinaje". Y también, cuando mis hermanos y yo empezábamos con preguntas o hipótesis absurdas, decía "y si... y si... y si. Si mi abuela tuviera ruedas sería una bicicleta". Luego cerraba la conversación con un sonoro "¡carajo!".

No me sirve de nada explicarle la situación del mercado internacional, para él es casi imposible entender los por qués. Otras de sus grandes frases eran precisamente "compra, que los pisos nunca bajan" y "el que guarda siempre tiene". Y esto último es lo que creyó estar haciendo cuando el director de su sucursal bancaria le convocó para ofrecerle "un producto que lleva su nombre, un producto especial para clientes como usted". Para después acabar comprobando que los afortunados convertidos en preferentistas no eran sino los candidatos a los que el banco había preferido estafar.

Y así fue como mi padre también acabó viviendo con mi familia y nuestros fantasmas.

No se lo tomaron demasiado bien. No me refiero a la presencia de mi padre, aunque su manía de desmembrar el periódico podía ser un tanto irritante. Tampoco me refiero sólo a nuestros fantasmas, sino a los de todas las casas de la ciudad. En tiempos normales unos inquilinos fantasmas pueden provocar terror; en tiempos de dificultades económicas son sólo unos inquilinos gorrones... y, por tanto, una posible fuente de ingresos.

Mucha gente debió pensar que, ya que tenían que compartir espacio, se les podía cobrar alquiler y entonces a los fantasmas no les quedó otra alternativa que buscar recursos económicos en un mercado laboral en contracción, unos índices de paro brutales y una sociedad en recesión.

Y ahí es donde entro yo. De *medium* y espiritista, capaz de hacer contactar a las viejas viudas con sus esposos fallecidos, a consejero de fantasmas en busca de inserción laboral en una vida muy diferente de la que ellos habían perdido.

No son pocos los problemas a los que tienen que enfrentarse y yo intento hacérselo comprender. Para empezar, son entes sin referencias recientes, pues la actividad paranormal no sirve como experiencia laboral demostrable. Peor aún era cuando sus oficios han desaparecido por completo. De poco sirve cuando un fantasma escribe en su curriculum que en vida era pescador de sanguijuelas o vendedor de bulas. Y los que lograron ser empleados, sufrieron la temporalidad, las formas irregulares o subterráneas de trabajo, el trabajo a tiempo parcial, la precariedad y la bajada de sueldos. Por no hablar de que, al no haber estado nunca afiliados a la Seguridad Social y, con la nula cotización que habían aportado desde la Edad Media, no tenían derecho al paro ni a cualquier otro tipo de prestaciones sociales... "Al menos podremos retirarnos pronto, porque he oído hablar de que los viejos se jubi-

lan y yo he visto derrumbarse el reino visigodo...". Y mi papel era entonces desengañarle y explicarle que, con las nuevas reformas de las pensiones, de nada servían sus edades centenarias, pues deberían trabajar hasta acumular varios siglos más de faenas y fatigas para tener derecho al retiro.

Para la gran mayoría era mucho más fácil enfrentarse a la caja de pino del ataúd que a la caja de ahorros. Y aunque necesitaban una cuenta, abrirla era un mundo casi imposible para ellos. Toda la terminología bancaria les aturdía y confundía. Monstruos que habían sido capaces de realizar posesiones infernales temblaban al sentarse con los empleados bancarios. Rentabilidad variable y no garantizada, supeditada a las fluctuaciones del IBEX—35 y al soplo del viento del norte, sin posibilidad alguna de amortización. "Yo ya estoy amortajado... ¿Es que eso no sirve de nada para amortizar?". Y tengo que contestarle que no tiene nada que ver lo uno con lo otro y que mejor no mezclar churras con merinas, pero aun así no mostraban ningún interés por los tipos de interés.

Volvían a casa terriblemente asustados, a veces refunfuñando al extrañar las leyes contra la usura promulgadas por Alfonso X, sintiéndose tan brutos como el producto interior y, a veces, algunos volvían con una olla a presión o un juego de sartenes de acero inoxidable.

Les hablaban de "comisión por apertura" y ellos protestaban porque no habían abierto la puerta del banco, sino que la habían atravesado. Les hablaban de "comisión por tener la cuenta en descubierto" y de nada servía que demostraran que siempre iban tapados con sus sábanas y ropajes de otras épocas. "La comisión por mantenimiento es obligatoria" y, aunque alguno se ofrecía a limpiar la cuenta él mismo, barrerla y fregarla para mantenerla en buen estado, su propuesta era recibida con risas o burlas. "Al final —confesó uno de los aparecidos completamente abatido— yo he pasado por un banco de niebla y me han cobrado comisión".

La enorme falta de transparencia bancaria aplastaba a mis amigos traslúcidos. "¿Qué quiere decir TAE?". Y si yo les decía que la Tasa Anual Equivalente es una referencia orientativa del coste o rendimiento efectivo anual de un producto financiero independientemente de su plazo... me miraban con toda la estupefacción que una sombra de otra dimensión es capaz de mostrar. Aunque alguno a veces tenía un hallazgo casual y podía exponerlo con mejor claridad: "El usurero me dijo que debía *taer* mi dinero...".

Si les hablas de Letras del Tesoro, los espectros de ciertas épocas te dicen que los Tesoros tienen que tener doblones y no alfabetos, o que las únicas letras válidas son las del Barroco y que ya Quevedo vio la verdadera naturaleza del pecunio cuando dejó escrito: "Madre, yo al oro me humillo, él es mi amante y mi amado".

Algunos se indignaban al saber que sólo por existir en forma más o menos material ya estaban casi endeudados, pues, según las últimas estadísticas cada español debe ya más de veinte mil euros en deuda pública y de nada le valía a un ser del pasado decir que él había sido un ilustre centurión romano destinado en Caesaraugusta, o que ostentaba el título de emir en tiempos de dominio musulmán, porque las fronteras y las banderas son tan flexibles que se mueven y oscilan cuando conviene. Y por mucho que los responsables de la crisis se enriquecieron de forma individual, nosotros como colectivo —tanto vivos como muertos— pagamos sus deudas.

Iban descubriendo poco a poco que el dinero acaba resultando siempre demasiado caro y que las viviendas son como los políticos y los validos, que cuestan siempre más de lo que valen. Querían un hogar y se les ocurrió comprarlo. Se supone que los pisos más baratos los poseía una entidad heredera del SAREB, pero pronto descubrieron que el Banco Malo demostraba tener más perversidad en una sola de sus cuentas que ellos con sus años de experiencia en provocar la angustia y el terror de las víctimas de las artes oscuras.

A veces era divertido, como explicar a un fantasma de los sesenta, muerto en el incendio de un guateque, que una hipoteca no es la discoteca de los hipopótamos, o que ahora se lleva más bien el botellón. Aun cuando para ellos el tiempo no era precisamente un problema, una hipoteca a mil años era lo único a lo que podían aspirar, y eso siempre que juntaran las nóminas de todos ellos al modo de una gestión común. Tampoco le gustó mucho al espectro de un ahogado escuchar que se había cortado el grifo del crédito y, que, por mucho que la crisis haya hecho bajar el precio de la vivienda, también ha vaporizado los salarios, lo que imposibilita cualquier intento de ahorro para una entrada. Sin aval bancario y sin ser funcionario fijo poco se puede hacer. Por mucho que pudieran atravesar paredes de la más dura piedra, no podían traspasar la clausulas suelo. Los análisis financieros y evaluaciones crediticias a los que eran sometidos les humillaban más que un exorcismo eficaz realizado por un sacerdote cualificado. Volvían a mi oficina con la cabeza gacha: "¿De qué me sirve una bonificación por vincular el seguro de vida si yo ya estoy muerto?". "No te quejes. A mí me han tasado el panteón y han llegado a la conclusión de que.. ¡no tengo dónde

caerme muerto!". Estaba visto que para los fantasmas los bancos eran peores enemigos que el *comecocos* del viejo videojuego de las máquinas recreativas.

Hubo quien, desde el reino de los fallecidos. intentó orquestar una especie de venganza desde el más allá. No pocos intentaron retar a duelo al sistema financiero internacional, al Fondo Monetario Internacional y al FROB y pedían padrinos para el honorable combate. Apostaban por desheredar a la díscola oveja negra de la familia, la prima de riesgo, y a sus novios alemanes. Alguno se apoderó del baño de los directivos para darles un susto de muerte a los responsables de la salida a bolsa de cierta entidad, pero en lugar de asustarse el implicado se limpió con su sábana creando una escena más escatológica que terrorífica. Uno de los fantasmas más tradicionalistas se empeñó en hechizar uno de los cajeros automáticos de su entidad, con la teoría de que, si ellos le expulsaban de su hogar, deberían sufrir las consecuencias de su hechizo. Y así acabó compartiendo espacio con mendigos que ya no se asustaban de absolutamente nada y con usuarios que se asustaban de sus números rojos más que de las imágenes sangrientas que un fantasma pudiera evocar. Y, ¿de qué servía atacar a los dirigentes, si en el enfrentamiento de las artes negras el poder de la nigromancia de las tarjetas black superaba con creces cualquier invocación esotérica?

Pocas venganzas quedaban para los tantos espíritus vivos y muertos que han sido arrastrados por el tornado de la crisis. Pocos consuelos y escasas alegrías. Sólo el humor y ese algo de chispa que nos permite seguir adelante. Sólo la unión. Cuando vi a mi padre, el preferentista, alzar su pancarta junto a espectros ahorcados y jinetes sin cabeza, que reclamaban su

ENTRE EL EURÍBOR Y LOS ESPECTROS

derecho a una vivienda digna, supe lo que tenía que hacer. Supe que sólo la reivindicación colectiva convierte un eco fantasmal en un clamor poderosos y eficaz. Así que ahora también yo soy uno de ellos. Ahora también me cubro con una sábana y arrastro mi cadena. No estoy muerto, pero me parece la mejor forma de protestar, de pedir desde el estado incorpóreo y translúcido la transparencia, no sólo de los bancos, sino de todo nuestro sistema político y de convivencia. Porque la verdad es que el euríbor y los intereses, el desahucio y los desalojos son monstruos más terroríficos que cualquiera de los fantasmas que pueden encantar nuestras pobres e hipotecadas viviendas.

Sábanas pintadas en los balcones nos cuenta el asombro de un niño. Un chaval que, camino de su colegio, ve cómo en el barrio cada vez hay más sábanas pintadas colgadas de los balcones. Pronto se entera de que detrás de cada sábana se esconde el drama de una familia amenazada por el desahucio. Y se queda muy "descolocado" al descubrir las razones: "No me parecía normal que alguien fuese al banco y fuese engañado. Lo normal sería que te cuidaran como cliente, ya que les dejas tu dinero sin cobrarles nada". Ante tanta injusticia, decide sumarse a los grupos de otros vecinos que se manifiestan contra los desahucios



SÁBANAS PINTADAS EN LOS BALCONES

Por Alejandro Rey Millán (Vasili Varilievich)

I curso acaba de empezar aunque todavía sigue haciendo buen tiempo, menos a primera hora de la mañana, cuando camino del instituto notas el frío de las baldosas de la acera calando las suelas de los zapatos y hasta los calcetines.

Camino de clase solamente están a medio levantar las persianas de los panaderos y alguna frutería, bueno, y el quiosco que hay frente a la puerta principal del instituto. Pero a mí me gusta más el aroma que sale del camión del frutero y rara es la mañana que no me regala un par de piezas de fruta.

Desde una de las ventanas de mi clase de este año no se ven muchas cosas más allá de cientos de ventanas y terrazas, las primeras con las persianas a medio levantar y las segundas con los toldos verdiblancos extendidos.

Cuando el profesor de Matemáticas empieza a darnos la matraca con la importancia de los números primos a la hora de trabajar con fracciones generatrices, la vista se me va directa a una hilera de ventanas de uno de los bloques que hay justo detrás del gimnasio del instituto.

Hace un par de días, el martes me parece, un grupo de personas empezó a colgar sábanas de cada ventana y hasta en la terraza de un par de casas que había en la misma planta de uno de esos bloques. Al principio pensé que se trataría de alguna banderola o *colgandijo* para conmemorar el paso de alguna Virgen o algún Cristo, ya que últimamente los sacan a pasear en cualquier momento. Pero luego caí en la cuenta de mi error: aquellas sábanas tenían palabras escritas con letras muy grandes y en mayúsculas.

Además, sería difícil que ninguna procesión pasara bajo aquel piso, ya que todas las ventanas menos la de la cocina estaban orientadas hacia el patio del instituto. Aquello no tenía pinta de ser nada religioso.

Después de que el de Matemáticas acabase con su tostón, llegó la profesora de Inglés y, como es nueva, pues todavía tiene un pase estar atento a lo que dice y al cacharrito que usa para no mancharse las manos a la hora de coger la tiza.

Irse la de Inglés y entrar el de Tecnología fue todo uno, no nos dio tiempo ni a levantarnos de la silla, pero tampoco era mucho problema: mientras que no armemos jaleo, nos deja buscar cosas sobre puentes y edificios americanos en nuestros móviles.

Sin embargo, ese momento lo aproveché para intentar enterarme de a qué venían aquellas sábanas colgadas de las ventanas de un quinto piso del bloque que estaba entre un locutorio y unos chinos, unos veinte metros después de la puerta grande del instituto.

Abrí el buscador del ordenador que compartimos mi compañera y yo, ya que el teléfono se me había olvidado en la casa, y miré las imágenes que aparecieron al escribir "sábanas pintadas en las ventanas".

Aparecían muchos ejemplos de ventanas parecidas a las que yo veía desde clase, y personas como si estuvieran protestando; pero muchas más personas de las que podían vivir dentro de una casa normal.

Tampoco iba a quedarme más rato del necesario en la clase, acababa de sonar la sirena que marca el momento de salir al patio, había empezado el recreo y se estaría mejor sentado alrededor de la cancha de baloncesto que en la clase.

No soy muy de hablar en el recreo, prefiero aprovechar el tiempo desayunándome las manzanas que hoy me ha regalado el frutero, que ya mismo serán mandarinas maravillosas.

Esta mañana ha sido diferente.

En el sitio que normalmente elijo para sentarme, sobre una piedra plana bajo un pino mediano, hay un chaval que puede ser un par de años más pequeño que yo. No quita la vista de las sábanas pintadas que cuelgan de las ventanas del quinto piso.

A lo mejor acaba de verlas por primera vez, o quizás sabe algo más que yo. Me decido a preguntarle si conoce quien vive allí, puede tratarse de alguien famoso y yo sin saberlo.

Lo que me dice no termina de cuadrarme.

Mientras no retira sus ojos de aquellas letras *colganderas* me comenta que su padre es cerrajero y que antes de empezar el curso lo vio entrar escoltado por la policía a otro bloque que también tenía sábanas escritas. No entendía el motivo de que hubiera gente que insultaba a su padre cuando él solamente hacia su trabajo.

No tuve otra reacción que ofrecerle la manzana que me quedaba, le dije que no se preocupara, que la había lavado en el cuarto de baño.

"Ese piso es donde vive mi vecina", nos dijo una niña más pequeña que casi parecía esconderse entre un par de árboles cercanos. "La van a desahuciar, esta tarde es el desahucio".

En mi vida había escuchado aquella palabra, pero seguro que me quedan muchas más por aprender todavía. Imaginé que aquello no era bueno: el otro día nos explicaron el significado del prefijo "des" y entonces supuse que a la vecina de aquella niña le iban a hacer algo que no estaba bien.

En mi casa siempre me han dicho que las cosas que no están bien no se pueden hacer. Por eso le pregunté a aquella chiquilla si se podía hacer algo para ayudar a su vecina. Yo no sería capaz de dar un discurso en el patio para convencer a los demás niños, ¡si casi no sé cómo estoy hablando con dos a la vez!

"Sí, mucha gente va por las tardes para que nadie la saque de la casa. Y ella está muy debilucha por la edad y los sustos que lleva encima". Eso nos dijo la renacuaja, que poco a poco salía de su escondite entre los dos árboles.

Al terminar las clases pasé por el portal de aquella señora mayor y había gente hablando. No me paré, tenía que llegar a mi casa, hacer los deberes y bajar a ver qué pasaba allí. Pero sí pude coger varias palabras al vuelo: "no es justo", "en el banco la engañaron", "seguro que a los banqueros no les pasa nada"...

Normalmente me tomo mi tiempo en estudiar y hacer los deberes, pero esta tarde no sería igual. Tenía que acabar temprano para poder ver qué ocurría en un desahucio.

Cuando llegué había mucha gente fuera del portal, entre la cafetería y la tienda de los chinos. No podía entrar, no sabía a qué piso llamar. Y entonces vi que la niña del patio entraba con su hermana mayor. Le pregunté si podía subir con ellas para ver qué era un desahucio. Había gente en el pequeño rellano que no vivía allí, a lo mejor también conocían a

alguien que les abriese la puerta de la calle. Las puertas de todas las casas de aquella planta estaban abiertas, incluso la de la niña de mi colegio. Sus padres estaban hablando con otras personas mayores:

"Si es que no hay derecho, esta señora ya tenía el piso pagado. Pero en el banco le han hecho el gato".

Aquello me dejó muy descolocado. No me parecía normal que alguien fuese al banco y fuese engañado. Lo normal sería que te cuidaran como cliente, ya que les dejas tu dinero sin cobrarles nada.

Por lo que pude entender aquella tarde, había un grupo de vecinos de todas las edades que no dudaban en acudir en apoyo de otros vecinos que tuvieran problemas por culpa de abusos de los bancos.

Según pude escuchar, más de una vez estos grupos de personas habían logrado evitar que la policía desalojara a otras personas. Eso estaba bien, yo creo que si compras una cosa o una casa debe ser tuya hasta que quieras venderla.

Tiene toda la pinta que la tarde será tranquila, el hijo del cerrajero ha subido por las escaleras —dice que le da mucho susto quedarse encerrado en un ascensor— y viene sonriendo, casi sin aliento, pero sonriendo. Y el motivo es de peso: su padre sigue durmiendo la siesta, no le ha sonado el teléfono, no habrá desahucio en el barrio esta tarde.

En un arrebato le ha quitado el sonido al teléfono de su padre, si lo llaman vibrará, pero dice que cuando duerme ya puede estornudarle un elefante en la oreja que ni se inmuta.

Las personas adultas que siguen junto a la señora mayor continúan hablando y discutiendo, quizás no sepan que el cerrajero está dormido y tiene el teléfono en vibración.

Camino de vuelta a mi casa me fijo con más atención en las ventanas y balcones, por si encuentro más familias amenazadas por el desahucio.

Normalmente cuando ando por mi barrio no voy mirando hacia las ventanas, a lo mejor por ser una zona que conozco muy bien; y quizás ese es el motivo que no me haya enterado de la existencia de estas personas hasta ahora.

No son las ventanas lo que me llama la atención conforme voy acercándome al portal donde vivo. Hay mucha gente, gente que no vive en este bloque. Algunas de las personas que empiezan a mirar el portero electrónico llevan varias bolsas blancas que no impiden ver que dentro de ellas van varias sábanas.

¡Sábanas pintadas!

¡En mi bloque! ¡No tenía ni idea de que fuesen a desahuciar a nadie!

La más terrible de las ideas me acababa de explotar en la cabeza: ¿sería mi propia casa? A lo mejor mis padres no me habían querido comentar nada, todavía me tendrán por una persona sin capacidad de entender las cosas que me rodean.

¿Será por eso, por la falta de dinero en mi casa, que el frutero todas las mañanas me regala un par de piezas de fruta? ¿Sabrá ese hombre cuál es la situación económica de mi casa mejor que yo?

Casi temblando y sin poder dar un paso sin que me aumentara un miedo que me oprimía la cabeza con más fuerza a cada segundo, poco a poco, con muy pocas ganas de toparme de frente con un bullicio delator en el rellano de mi casa, fui subiendo las escaleras, contagiado por la posibilidad de quedarme encerrado.

SÁBANAS PINTADAS EN LOS BALCONES

Nada en la primera planta. Un murmullo empezaba a oírse en el segundo piso. Voces nítidas de protesta llegaban al tercero...

¡Se oye claramente! ¡Hay mucho jaleo en mi planta!

Subo el último tramo de escaleras agarrándome a la barandilla que me separa del hueco. Puedo oír el pulso de mi propio corazón latiéndome en la cabeza, creo que me voy a caer en redondo y nada va a impedir que ruede varios peldaños hacia abajo.

¡Pero no!

La puerta de mi casa está abierta.

Mi madre habla con una vecina y mi padre ofrece agua a todo el que quiera.

"Hablad más bajito, que acaba de llegar alguien demasiado joven para meterse en estos temas". Esto lo dice una señora que no me conoce. Pero yo, que normalmente no hablo con nadie que no conozco, le respondo en voz baja: "Señora, para saber que existen los desahucios no necesito ser mayor, solamente tener ojos en la cara y prestar atención a las cosas que pasan a mi alrededor. Es verdad que soy joven, pero eso no quiere decir que sea corto de mente, ¿verdad? Además, no son las primeras sábanas pintadas que veo hoy".

Decir eso y entrar en mi casa fue todo uno.

Con la alegría de saber que no estábamos a punto de ser desahuciados se me olvidó que sí había unos vecinos pasando por ese difícil momento. Ya no podía seguir mirando para otro lado. En ese momento tomé la decisión de acercarme a cualquier casa que tuviera sábanas escritas en las ventanas para intentar algo, no sé muy bien qué.

A la mañana siguiente, al pasar delante de la frutería vi

cómo tenía un plátano y una nectarina preparados en una bolsa: mis dos piezas de fruta de todos los días.

Y de repente me paré, dejé de andar hacia el interior de la frutería y por segunda vez en menos de dos días empecé a hablar con un adulto que no era un profesor:

"Buenos días señor frutero, ¿puede decirme por qué cada mañana me regala dos piezas de fruta?, ¿hace lo mismo con todo el mundo que pasa por su puerta a esta hora de la mañana? No era enfado lo que quería transmitir con las palabras y la mirada, sino curiosidad".

La respuesta fue igual de directa y correcta:

"Pues mira, si tu madre me dice que te regale un par de piezas de fruta cada mañana, yo lo hago sin problemas. Ya cuando baja a hacer la compra me lo paga todo junto. Y sí, si más padres hacen lo mismo con sus hijos, yo encantado. A ver si así empezáis ya a comer algo que no sean chocolates y dulces a todas horas".

Donde caben cinco... Una adolescente tiene un sueño en el que su padre no ha muerto de tristeza, en el que no ha habido crisis económica, en el que su familia sigue viviendo en su hogar de toda la vida, en el que ella se ha convertido en directora de cine... Pero en realidad vive la pesadillas de haber perdido a su padre y de tener que convivir, con sus dos hermanos y su madre, en el pequeño piso de la abuela. Una vieja gruñona, tacaña, anticuada... pero, en definitiva, generosa, pues les ha abierto su hogar y les ha ofrecido toda su solidaridad. Y no sólo a ellos cuatro, sino a otros familiares que llegan golpeados por la crisis y los abusos hipotecarios.



DONDE CABEN CINCO...

Por Manuel Picó Descalzo (Elena Ejido)

Jasó no pasó. Las cartas nunca llegaron. La policía nunca vino a casa, ni aquella señora que decía ser agente judicial, ni los del banco, ni la policía, ni los voluntarios de Cruz Roja. Ni siquiera los de Stop Desahucios, que tanto nos apoyaron. No, no vino nadie y todos éramos felices. Mis padres seguían trabajando y sonreían. La nevera estaba llena y jamás nos cortaron la luz por falta de pago, ni tuvimos que ponernos ropa de abrigo y envolvernos en mantas dentro de casa a mitad del invierno. Mi padre nunca llegó a estar enfermo, ni se fue apagando poco a poco hasta que, al final, el corazón le falló a los 41 años. En mi sueño gozaba de una salud de hierro y carecía de preocupaciones. Me ayudaba con las mates, jugaba con mis hermanos, Toni y Nico, y daba besos a mamá y le decía cosas al oído, como un amante. Jamás fuimos a su entierro, ni lloramos por él porque papá nunca murió. Estaba con nosotros y sonreía y todos éramos felices y vivíamos en Madrid, en nuestro piso y no en casa de la abuela Benigna. Yo no iba al instituto. Por esa magia que tienen los sueños, era directora de cine y dirigía una película interpretada por mis padres y mis hermanos y hasta una chica que hacía de mí, de Bea.

A veces hay escenas en las que mis padres discuten y se agobian, como cuando empezaron a llegar las cartas del juzgado y yo me ponía los cascos y escuchaba a Melendi para no saber nada, para no enterarme del desastre que se nos venía encima. Pero justo cuando la discusión comienza, con voz imperativa digo "corten" y ordeno un descanso y todo vuelve a fluir, como en los buenos tiempos. Papá me besa, mamá me abrazaba y me dice que va a ser una gran película y mis hermanos corretean a mi lado pidiéndome que busquemos Pokemons, que el plató está repleto. Y el plató no es otro que nuestra casa, el piso de 160 metros cuadrados y cuatro habitaciones del que nos desahució el banco, y los muebles, los que tuvimos que dejar en el almacén del tío Pedro.

En mi sueño estoy convencida de que la película va a ser un éxito. No es para menos: trabajo veinte horas al día. Tengo a mis espaldas diez películas y tres Goyas, soy amiga de Almodóvar y Banderas y gano una pasta. Por eso no reparo en gastos. Invito a mis padres a restaurantes de lujo donde el camarero, con un traje impecable, nos retira las sillas, nos llama señores y nos hace reverencias como a reyes, y el maître, de chaqué, nos sirve un reserva carísimo. Papá, abrumado, dice que esto es tirar la casa por la ventana, que estoy loca. Pero, cuando despierto y el sueño se interrumpe, estoy deseando volverme a dormir, a ser parte de esa familia dulzona, la leche condensada de las familias, la miel de un clan que llevaba una vida tranquila y dormía a pierna suelta hasta que estalló la crisis.

En mi sueño avanzo y retrocedo en el tiempo. Modifico el guión a mi capricho para cambiar el ayer y el hoy que me ha tocado vivir. Voy a una sala de edición y allí elimino las escenas que no me gustan para conseguir la película que

quiero. Pero la vida no es cine y lo malo de los sueños es tener que despertar. Quizá mi padre, el que aparece en el sueño, está en lo cierto: estoy loca. Pero no por ir a un restaurante prohibitivo, sino por querer parar el reloj y empezar de nuevo, por inventarme otra vida para que no me pese tanto esta. Por sacar conejos de la chistera para poder sobrevivir a la pétrea realidad.

De repente, en mitad de la noche, abro los ojos y escucho roncar a la abuela como una hormigonera, y mi casa, nuestra casa, es la suya. Me levanto y trato de orientarme en la oscuridad, pero sigo sin acostumbrarme. En nuestro antiguo piso andar a oscuras era sencillo. Bastaba tocar mi escritorio y caminar tres pasos, para alcanzar la puerta que daba al pasillo y, justo al lado, estaba el baño. Y si lo deseaba, como estaba sola en mi cuarto, podía dar la luz sin molestar a nadie. Mi habitación era solo mía, tenía mi espacio, mis libros, mi música, mis posters. Disfrutaba de una intimidad que nadie me robaba. Aquí, en el piso de la abuela, todo es diferente. Ni siquiera dispongo de una mesa de estudio. Las distancias son tan reducidas como extrañas. Todo me resulta ajeno, de prestado y, a pesar de que la casa es como el puño, todavía no he conseguido orientarme en la oscuridad para no despertar a la abuela. Choco con la mesita, me golpeo contra la cómoda, tropiezo con la mecedora, trastabillo con la alfombra, vacilo ante lo desconocido y llegar al baño es como si una parapléjica intentara los cien metros valla. No me acostumbro. Me siento incómoda, como un huésped forzoso. Mi cama no es mi cama, ni tampoco el armario compartido que hiede a naftalina y nueces rancias. La colcha, las mantas... todo huele a viejo. La habitación me resulta extraña. Sobre el dosel, Cristo crucificado, con su corona de espinas, sus heridas, su dolor en el rostro y sus gotitas de sangre. A los buenos cristianos, por lo visto, les va el morbo. Me pregunto para qué queremos más cruz de la que nos ha caído, pero eso lo digo para mis adentros. Así la abuela no me soltará un rollo interminable sobre la resignación cristiana y el ejemplo que nos dio Jesús al dar su vida por nosotros. Toda esa brasa de que Dios está en todas partes y a todas horas. Pues si estuvo en Madrid, bien podría habernos echado una mano con lo de la hipoteca y no quedarse de brazos cruzados. Tanto pagar para nada...

En una banqueta, tan grande como una bandera, la faja pantalón de la abuela. Cuando hace la colada y la tiende en el balconcillo, la habitación se queda a oscuras, como una cueva. Igual que si el cielo se nublara, pero que va, no se trata de ningún fenómeno meteorológico: es la faja de la abuela que tapa el sol de la ventana. Ni se me ocurre poner el póster de Cold Play en su habitación. Además, así les ahorro la vergüenza. En la repisa del lavabo, un vaso de cristal con su dentadura se exhibe a mis ojos en toda su impudicia. Me da *yuyu* cada vez que lo veo. La abuela dice que al final de la vida nunca estamos enteros. De que no nos faltan los seres queridos, nos falta el pelo, la memoria, los dientes, algún pedazo de hueso o todas las cosas juntas a la vez. Yo siempre le respondo lo mismo: pues vaya mierda de futuro me espera. Ella no se amilana: "Ay, hija mía, el mañana siempre es manco".

A cada paso, todo me recuerda que esta es la casa de la abuela Benigna y que aquí estamos de prestado y no podemos más que acatar sus órdenes. No tenemos otra opción. Eso o irnos a vivir bajo un puente.

Mi madre duerme en una cama de un cuerpo con mi hermano pequeño, Nico, que no para de patalear y se orina por las noches. Toni, el mediano, de once años, es el único que goza de la independencia de dormir solo. Pero no se trata de ningún privilegio, duerme en el sofá-cama del comedor y no pega ojo hasta que los demás nos vamos a *chafar la oreja*, como dice la yaya.

La abuela Benigna lo tiene todo. Es gruñona, entrometida, tacaña, tiene mala uva y está hecha una foca. Casi siempre viste de negro y, como mucho, de gris. Negro hollín, negro nubarrón, negro cucaracha, gris tiniebla, gris desvaído o gris ratón. Esa es toda su gama cromática, de ahí no sale. Se enlutó hace más de once años, cuando murió mi abuelo. Luego lo dejó y comenzó a ponerse blusas estampadas y ropa de color. Ahora, con lo de papá, ha vuelto al lado oscuro, como Darth Vader en La Guerra de las Galaxias, como si su vida se tiñera de humo y no pudiera ver los colores de la esperanza. Yo todavía creo en ella. Tengo fe en que, entre todos juntos, podamos construir un mañana más justo, un país en el que sea imposible quedarse en la calle, en el que no se pase hambre ni nadie nos quite el sueño. Ni nos mate la vida en la calle y dormir bajo las estrellas, como le pasó a mi padre por la presión de no poder pagar las letras del piso.

En vano le digo a la abuela que el luto ya no se lleva, que eso es de *los tiempos de Maricastaña* y lo que importa es lo que uno guarda en el corazón. Ella, como el que oye llover.

Mi abuela Benigna nunca le cayó bien a la familia, con excepción de mi padre, que como hijo obediente, la defendía. Mi madre y yo nunca la tragamos y mis hermanos, a pesar de sus pocos años, menos todavía. No estamos en la misma onda.

La abuela nos habla del punto de cruz y de películas en blanco y negro, de actores como Tyrone Power, Spencer Tracy y Gregory Peck, que no sé en qué pelis aparecieron, aunque eso sí, están todos muertos. Nos cuenta historias de la aldea de La Mancha donde nació, hoy abandonada. "La última vez que estuve, mi casa ya no tenía techumbre y, entre los cascotes, crecía la grama y los cardos en el suelo de la cocina. Me puse a llorar como una tonta. ¡Ay, la casa! Allí estaba todo lo que yo fui de moza. La ventana donde me rondaba vuestro abuelo Vicente. La chimenea donde mis padres y mis hermanos nos arracimábamos en invierno. La mesa donde gobernábamos la matanza del gorrino, las sillas de enea donde nos sentábamos a la luz de un candil. En Nochebuena *senochábamos* hasta las tantas echando chascarrillos sin dejar quieto el porrón..."

Lo cuenta y las lágrimas le bajan por las mejillas como diminutos regueros de emociones. Nunca creí que pudiera brotar una terneza de esos ojos de verdugo, pero aquí está la prueba. A su manera ella también fue desahuciada. Desalojada por la necesidad, por la falta de porvenir, por el éxodo a la ciudad y la industrialización.

La abuela Benigna nos cuenta que de muchacha iba a la era y aventaba la parva como un hombre y en la vendimia cortaba uva como el que más. Y cuando florecía la rosa del azafrán, allí estaba ella la primera, justo al lado de su padre, partiéndose el espinazo a fuerza de estar horas y horas agachada a ras de suelo. "Así tengo yo la espalda", nos dice, mientras la miramos como extraterrestres, sin entender de qué nos habla. Nunca hemos visto una era ni una parva. No hemos cortado un solo racimo en nuestra vida, ni hemos visto jamás una flor de azafrán.

Lo peor viene cuando nos habla de las historias de la Biblia y se raya hablando de catecismos, del temor de Dios y de la Virgen de los Remedios. La que no tiene remedio es ella porque se quedó anclada en el ayer para siempre.

La yaya hizo un hatillo y se vino a Madrid con el abuelo Vicente y aquí nació nuestro padre y este fue el origen de nuestra futura vida. Había que labrarse el futuro y la ciudad representaba el porvenir. Hoy, con la muerte de mi padre y el desahucio, me pregunto si tal vez no hubiera sido mejor que se quedaran allí.

El piso de la abuela no tiene nada que ver con el que teníamos en los buenos tiempos. Este sólo tiene 45 metros y no está en Madrid, sino en Villaverde Alto. A mí no me gusta. Es viejo y feo y está en un barrio lleno de *choris*. Eso sí, podemos estar tranquilos, no tenemos nada que nos puedan robar.

La casa de mi abuela se parece al Rastro, está atestada de cosas antiguas: los muebles, los adornos, los ladrillos, los azulejos de la cocina y del cuarto de baño, las lámparas...Todo está pasado de moda, o cruje, o chirría, o se mueve, y sobre todo, espanta. Hasta el televisor es viejo, de esos panzudos de antes. Pero mi abuela dice que no lo cambia, que mientras se siga viendo, "lo aguanta", que para qué va a comprar otro si en las teles de ahora no se puede poner nada encima y tampoco hay nada debajo. Arriba son un problema porque, en menos de un centímetro de ancho no pueden colocar la gitanilla de Triana, los retratos de familia o el recuerdo de Santa Pola. Abajo la pega es nacional y extensiva a todos los televisores porque, en su opinión, aparte del programa de Ana Rosa, no hay nada que merezca la pena.

A veces siento nostalgia de nuestra casa y voy a Madrid, aunque sólo sea para verla desde fuera. Las persianas están echadas, el balcón vacío, sin macetas, sin los platos que decoraban las paredes y, mirando a la calle, hay un cartel en negro que pone *Se vende* con un número de teléfono. Está todo muerto, como si fuera un cementerio. Me da pena.

En ocasiones, aprovecho para ver a mi amiga y ex vecina, Laura, y, para asegurarme, le pregunto si vive alguien. Ella me responde que no ha visto un alma, que está todo cerrado, en silencio, como un sepulcro y no ha venido nadie a traer muebles ni nada parecido. Cuando me marcho, no bajo directamente a la calle, me acerco hasta nuestra antigua puerta, acaricio su suave superficie pulida y me digo en voz baja: "Aquí vivía mi familia, aquí crecimos mis hermanos y yo, aquí están mis mejores recuerdos, pero todo nos lo han arrebatado". Después me marcho y cojo el autobús para Villaverde y pienso que un día seré abogada y lucharé contra los abusos de los bancos. Les haré pagar sus estafas, sus cláusulas suelo, sus intereses abusivos de demora, sus mil chanchullos. Para que nadie se atreva a dejar a una familia en la calle ni pueda quedar en la impunidad. En otros países a los animales los tratan mejor. Tenemos nuestra dignidad. No merecemos este trato. Hay que hacer algo. El mundo no mejorará si todos nos cruzamos de brazos y nos acostumbramos a la indolencia.

Triste, vuelvo a Villaverde, que será villa, pero creo que nunca fue verde. Subo a la cuarta planta, sin ascensor, porque jamás lo hubo. Llamo a la casa de mi abuela y siento que sólo somos cangrejos caminando hacia atrás. Hemos pasado del buen vivir a la pobreza, de la entrañable ternura de mi padre a la orfandad, de la independencia a la caridad. De un buen

colegio a un instituto en las afueras. De rechazar la comida a rebañar los platos. De quejarnos por todo a aguantar carros y carretas. La Administración no ha abierto la boca. Hasta hoy, no ha habido una llamada de Asuntos Sociales, ni del Defensor del Menor... Ninguna institución pública nos ha preguntado qué tal estamos y creo que las cosas se pueden y deben hacer de otra manera. Sólo mi abuela Benigna, áspera, vieja e insoportable, nos abrió las puertas de su casa. Renunció a su preciada independencia y su tranquilidad y comparte su pensión y sus ahorros con nosotros. El día del desahucio se presentó en casa y nos dijo que la acompañáramos hasta Villaverde, que había una furgoneta esperando abajo. Desde entonces estamos aquí. Mi madre dice que a la yaya le debemos nuestra supervivencia, pero que es inaguantable, que le gusta mucho hurgar en las heridas y siempre anda con la escopeta cargada. A veces discuten y mi madre amenaza con marcharse. Pero la abuela Benigna sabe que nunca lo hará, porque no puede. Las dos tienen mucho carácter y la boca muy grande. Mi madre dice de la abuela que la mala leche le sale por las costuras. Mi abuela, de mi madre, que tiene cara de vinagre y nació para ser aliaga, pero se quedó en mujer. La guerra está servida, pero... ¿dónde estaríamos si no fuera por la yaya?

Si miro hacia atrás veo que no puede habernos ido peor. Hemos perdido a mi padre, nos hemos quedado sin casa, sin independencia, sin libertad y hasta sin poder de decisión. Estamos arruinados, mi madre no encuentra trabajo y apenas cabemos en casa de la abuela.

Por las mañanas, al tener que usar todos el cuarto de baño al mismo tiempo, el caos es absoluto y todo son nervios y disputas Nuestra ropa no cabe en los dos armarios de la abuela. No sabemos dónde poner los libros del curso, los objetos personales... ni siquiera los juguetes de Nico. Como mi abuela suele ver la tele o jugar a la brisca con las vecinas, cuando Toni y yo tenemos que estudiar, nos vamos a la biblioteca pública. La minúscula terraza se ha convertido en nuestro desván. Allí está todo tan amontonado que es imposible encontrar nada. De todas formas, tengo esperanza. Nos ha ido tan mal que creo que, a partir de ahora, las cosas sólo pueden mejorar. La crisis pasará y mamá encontrará curro. No puede ser de otra manera después del calvario que estamos viviendo. Lo pienso y me vengo arriba, como cuando sueño que soy una famosa directora de cine. Mi esperanza se interrumpe cuando alguien llama a la puerta. Es mi tía Emilia, la hermana de mi padre. Se esfuerza en sonreír. Quiere aparentar normalidad, pero algo le pasa. Tras unos minutos de charla intrascendente, explota y se abraza a mi madre y comienza a llorar. El desconcierto es general. Entre hipidos trata de explicarse, pero es inútil, por más atención que ponemos, no hay manera de entenderla. La escena no presagia nada bueno. ¿La ha dejado el novio? ¿Está embarazada? ¿Le han robado el bolso? Los más negros augurios se ciernen sobre mi tía. La abuela, ni corta ni perezosa, le da un bofetón y le ordena que deje de llorar como una cría y hable claro. El tortazo es un verdadero milagro. Tía Emilia al fin habla y, con una dicción perfecta, pronuncia todas las sílabas. La han despedido y no va a poder pagar el alquiler del apartamento. La abuela Benigna, tajante, la corta por lo sano: "Pues te vienes aquí". "¿Aquí?", preguntamos al unísono mi madre y yo, mientras el asombro nos hace abrir los ojos como platos. Estupefactas escuchamos su solidaria y pronta respuesta: "Donde caben cinco, caben seis".

Verídica y brevísima relación de la creación y hechura de nuestro señor el Banco nos traslada a los albores del Renacimiento y, en un tono humorístico propio de la novela picaresca, nos cuenta las peripecias de un híper hipotecado ciudadano: un humilde recolector de dientes de ajusticiados a quien, imprudentemente, ese nuevo señor feudal llamado Banco le concede una hipoteca impagable. Tan impagable que el pobre hombre le vende su alma —y su hipoteca— al mismísimo Satanás... quien también acaba entrampado, engañado y súper endeudado por culpa de un diablo mucho más malvado que él, ese Banco que quiere quedarse con todo, hasta con las almas de quienes no pueden pagar sus deudas.



VERÍDICA Y BREVÍSIMA RELACIÓN DE LA CREACIÓN Y HECHURA DE NUESTRO SEÑOR EL BANCO

Por Manuel Martínez González (Perry Frástico)

Tabía una vez, hace mucho, mucho tiempo, en un reino muy lejano, un hombre pobre pero honrado y trabajador. Y tan honrado y trabajador era, que cuando ya peinaba canas comprendió que a ese paso nunca iba a tener dinero para adquirir una humilde choza y casarse con su novia de toda la vida. Así pues, decidió ir a hablar con el hombre más rico del pueblo, para que le prestase unos cuantos (unos muchos) maravedises con los que poder comprar un hogar, que él le iría pagando poco a poco a lo largo de su vida. El hombre rico aceptó su proposición, pero le dijo que para ultimar los detalles fuese a hablar con su nuevo escribano, que le estaba administrando un nuevo invento que venía de tierras lejanas, una maravilla de maravillas llamada "Banco".

Así pues, el hombre fue con el escribano y, tras escuchar su propuesta, aquel le dijo así: "Por supuesto, estimado cliente. Le extenderemos una hipoteca por una hermosa propiedad, que podrá ir pagando en cómodos plazos. Ochenta fanegas cuadradas, paredes de adobe del mejor fango, doce habitaciones y cinco cuadras, ventanas de cristal policromado y tres pozos negros." "¡Tres pozos negros!", exclamó el hombre, azorado. "¿Por ventura se ha vuelto loca vuesa merced? ¡Si yo lo más que concebía era una habitación que hiciera tam-

bién de pocilga, con paredes de barro, aunque eso sí, con paja incluida!". "No ha de preocuparse, estimado cliente", dijo el escribano, "ya nos hemos informado de sus condiciones económicas particulares. Puedo asegurarle que nuestra oferta se ajusta perfectamente a ellas". "Pues sí", dijo el hombre, "si puede tener esos lujos de príncipes un pobre vendedor de dientes de ajusticiados como yo, aquí pasa algo harto extraño, a fe mía. Donde se quita y no se pon, pronto se llega al hondón, como decía mi difunta madre". "Entiendo sus dudas, estimado cliente", dijo el escribano, "pero tenga en cuenta la situación presente. Nunca ha habido un ciclo monetario tan en alza como ahora, momento en el que, gracias a los nuevos descubrimientos de tierras de ultramar por parte de la flota del Rey nuestro señor, y el consiguiente flujo de bienes exóticos y metales preciosos, se crean nuevas sinergias e incentivos para los emprendedores. Y buscando fomentar esta génesis expansiva, nuestro muy sabio Concejo ha decidido ayudar especialmente a los pequeños propietarios como usted, a través de entidades de facilitación de crédito y propiedades inmuebles, como la nuestra". "Mire vuesa merced", dijo el hombre, "en cuanto llegasteis a eso del ciclo, por ventura que colegí yo lo siguiente tal como si me hablaseis en arameo". "Lo que quiero decir, estimado cliente, es que no debe usted preocuparse. Déjelo todo en nuestras manos, y disfrute de su nueva propiedad". "Bueno, bueno, vos que estáis estudiado y sabéis leer y hasta escribir, sabréis como cerrar este negocio como mandan Dios y el Rey. Pues trato hecho, monseñor, jy venga esa hacienda!"

Y así el hombre recibió una hermosa heredad y pudo disfrutar de una vida regalada, recogiendo dientes de ahorcados únicamente de sol a sol, y teniendo el resto del tiempo disponible para gozar de su propiedad con su bella y joven esposa, que cada día le repetía lo inteligente que había sido. Mas, ¡ay!, un funesto día, llegó ante su puerta una cuadrilla de hombres fieros y armados, y le dijeron que tenía hasta que cantase el gallo para irse con viento fresco de aquella casa, que volvía a ser del Banco. El hombre, aterrado, fue a hablar con el escribano, que le explicó cabalmente la situación: "Estimado cliente, le recuerdo que en este documento que ha firmado con su propia sangre pone claramente, en latín, griego y alano, que los bienes arrendados quedaban a disposición total de nuestra entidad, cuando lo consideráramos pertinente, sin que ello fuera prejuicio de que continuase usted, por supuesto, laborando para completar la deuda a la que se obligó con nosotros. Dado que todos los barcos de la Flota Real se han ido a pique, y que han quebrado los negocios de ultramar por los que tantos valientes emprendedores habían apostado, nos vemos obligados a ejecutar la susodicha disposición". Al oír "ejecutar", que era lo único que había entendido, el hombre se echó para atrás con pavor, pero el escribano continuó: "Por supuesto, puede iniciar si lo desea una reclamación en las próximas Cortes Generales del Reino, que se celebrarán sin falta en el plazo de seis años". Y así, sin dejar de sonreír, continuó dándole muchas y muy buenas razones, por más que el hombre porfiaba y discutía, hasta que éste último se hubo de retirar, cohibido por los alguaciles, que se le iban acercando más y más.

Y así el hombre, presa de la desesperación, se tiró al monte (a las parcelas que aún no eran propiedad del Banco) a lamentarse de su desgracia, que era lo que se estilaba en aquella época. Y recordando los sartenazos y ollazos que le había

dado su mujer, y cómo lo había tachado de burro para arriba, gritó amargamente a la oscuridad de la noche: "¡Por salir de este entuerto, vendería mi alma al diablo!". Y en ese momento apareció una llama infernal, y se oyeron mil lamentos, y apareció un ser rojo y enorme, con grandes cuernos, largos colmillos, cola de jabalí y sucias pezuñas. Y le dijo con voz cavernosa: "¿Sabes quién soy yo?"

Y el hombre le respondió: "Sí. ¿No sois por ventura la madre de mi esposa?". "¡No, hombre, no!", dijo la aparición, "¡soy el Diablo! He oído tu ofrecimiento, y aquí estoy. Eres afortunado, necio mortal, pues ya una sola alma me falta para llenar entero el Infierno. ¡Las almas de los impíos serán mi hueste infernal! ¡Reclamaré el mundo, que es mío por derecho! ¡Sí, infeliz, el Día del Armagedón, el Apocalipsis anunciado, pronto llegará!". "Sí, bien, pero, decidme, ¿entonces, podéis por ventura arreglar lo mío? Pagar mi deuda al banco, y recuperar mi heredad, ya sabéis". "Dalo por hecho, gusano. Satisfaré tu negro deseo, y entonces, ¡toda la Creación será mía!". "Qué bien habláis, por las barbas de Salomón, seguro que os entenderéis bien con el leguleyo. Id con Dios... bueno, no, vos ya me comprendéis".

Y así, apestando a carbón y azufre, el Diablo se presentó ante el escribano que dirigía el Banco. Sólo hubo de solicitar cita previa, rellenar ciertos pergaminos, formular de viva voz el motivo de su visita a varios chambelanes, y esperar varias jornadas hasta ser recibido por el susodicho escribano. Entonces el ser infernal (el Diablo, me refiero) le dijo al otro: "¡Ahora harás mi voluntad, insecto, por todos los diablos! ¡Dame ese contratucho para que lo queme, o convocaré a mis legiones demoníacas, y os quemaré a ti y a todos y os arras-

VERÍDICA Y BREVÍSIMA RELACIÓN

traré a los infiernos!". Y el escribano le dijo: "Estimado cliente, serénese, por favor, no será necesario llegar a esos extremos. Ha de saber que, de hacer usted eso que dice, tanto yo como mis compañeros seríamos técnicamente considerados mártires, tal y como se específica en el versículo 2.4 del capítulo segundo del Evangelio de San Mateo (versión de los Padres de Creta). Y, por tanto, de ello resultaría que perdería usted esa misma cantidad de almas para el Infierno (por ser las nuestras automáticamente salvadas, y por tanto conducidas al Cielo o Paraíso). Y todo eso, por lo que veo que ha puesto en el formulario, para ganar una sola alma, con la que completar sus ejércitos de las tinieblas. Eso sería un mal negocio, ¿no le parece?". Y entonces el Diablo dijo: "No, bueno, eso... eso no puede ser así... seguro que algo no está bien en eso... ¡Vaya, que tenga ahora que ponerme a hacer de abogado del Diablo!". "Oh, por favor, no se preocupe, estimado cliente", dijo el escribano. "Aún puede conseguir lo que quiere. Para eso estamos nosotros, para ayudar al cliente. Lo más razonable es que lleguemos a un acuerdo que beneficie a ambos. Mire, en el fondo nos dedicamos a negocios muy parecidos. Usted tienta a desgraciados con placeres momentáneos, para acabar dándoles un tormento eterno; nosotros facilitamos, a cambio de un módico porcentaje, financiación en especie y en metálico a empresas y propietarios particulares". "Mmmh, sí, ya veo. Viene a ser parecido, sí. ¿Pero qué trato es ése, eh? ¿No querréis engañarme? ¡Que sabe el Diablo más por viejo que por Diablo!". "No tiene que preocuparse de nada, estimado cliente. Usted desea una sola alma, ¿pero está seguro de que eso es suficiente? ¿No sería mejor usar las ánimas que ya tiene ahora, y que no le rentan nada en el Averno, y ponerlas a trabajar para usted, y multiplicar sus ganancias?". "Bueno, nunca se me había ocurrido pensarlo así. Yo hago lo que sé hacer, sin encomendarme ni a Dios ni al Diablo". "Pues sepa que ahora mismo tenemos un producto financiero de lo más apetitoso, de rentabilidad garantizada. Como sabe, lamentablemente hay muchas guerras en este valle de lágrimas que es nuestro mundo; lamentable, sí, pero también rentable, y de hecho nuestra institución está financiando a ambos bandos de uno de tales conflictos bélicos, en tierras de ultramar. Sólo somos meros intermediarios, por supuesto, cosas de negocios, ya sabe. Pues bien, con toda la, con perdón, muerte y desolación que habrá en tal guerra, sin duda se producirán grandes cantidades de, con perdón, desesperación y sufrimiento, y en consecuencia numerosas almas estarán dispuestas a entregarse a usted (en el sentido más legal del término). Como ve, es evidente que es de su interés fomentar y financiar la mencionada guerr... conflicto". "... Cierto, no está mal pensado...; Pero aquí hay algo me huele mal, y no soy yo! ¿Qué sacáis vosotros con todo esto? ¡Cómo estará el Infierno para que el Diablo dé limosna!". "Muy sencillo, estimado cliente, un pequeñísimo interés, un ínfimo porcentaje. Usted sólo tiene que poner a sus condenados —por así llamarlos a trabajar extrayendo oro de las entrañas del mundo, y con que tengamos ese capital, nosotros nos ocuparemos del resto. Claro y sencillo". "Mmm... está bien, ¡qué diablos! ¡Haré un pacto con vosotros, pero sabed que, si tratáis de engañarme, será vuestro final! ¡Que poseo el poder absoluto sobre vuestras almas!". "Por supuesto, estimado cliente. Y ahora, si gusta de firmar estas pocas decenas de pergaminos, cediéndonos unos pocos de sus derechos..."

VERÍDICA Y BREVÍSIMA RELACIÓN

Y así el Diablo firmó por triplicado varias decenas de contratos con varias docenas de cláusulas cada una, con sus correspondientes subcláusulas, por supuesto. Al principio estaba muy ilusionado, el pobre, haciendo trabajar como almas en pena a sus almas en pena, y entregando puntualmente carradas y carradas de oro al Banco. Pero he aquí que el Diablo pronto pudo comprobar que el Banco dejaba de invertir en la susodicha guerra, que pronto terminó con apenas unos miles de muertos, y, rojo como un diablo y echando humo por las orejas —no exagero—, se dirigió al escribano a reclamar. Pero el astuto diablo —el escribano, se entiende—, le dijo: "Entiendo su impaciencia, estimado cliente, pero ha de comprender que nos debemos a nuestros inversores y al beneficio, como no podía ser de otra forma. La citada confrontación dejó de sernos rentable y, tristemente, hubimos de liquidarla. Pero no se preocupe: la trata de los esclavos derivados del susodicho conflicto es también harto rentable, en términos de, con perdón, sufrimiento, y por supuesto estaremos encantados de hacer de intermediarios para que pueda usted apoyar dicha trata y beneficiarse de ella, con un ínfimo recargo sobre las tasas ya estipuladas". "Esclavos, ¿eh? Es verdad que ése tampoco es mal negocio... Pero no intentéis enredarme otra vez, ¿eh? ¡Que me parece a mí que le ponéis una vela a Dios y otra al Diablo!".

¿A qué contar más? Bueno, podría, pero llevo ya seis páginas, y no me quedan más que otras dos para que se me acabe el espacio. El caso es que, como podréis imaginar, el Diablo fue perdiendo más y más oro y más y más ánimas, pues tanto trabajaban que se redimían, ¡para que luego digan que no santifica al hombre el trabajo! Y al fin un día decidió que ya

había tenido la paciencia de un santo, lo cual no era propio de él, así que volvió al Banco, dispuesto a enviar su relación con ellos al infierno e iniciar la Batalla del Fin de los Tiempos con las almas que aún le quedaban. Sí, como se llamaba Pedro Botero. Pero el eficiente escribano le informó: "Estimado cliente, ha de saber que, según la subcláusula 16/b del apartado 7 del segundo convenio del subcontrato auxiliar anexo, nos ha cedido usted temporalmente la titularidad de la especificada propiedad, verbigracia, el Mundo, en el caso de que usted pudiera o pudiese tomarlo, ya sea mediante la fuerza o, no lo quiera Dios, el engaño. Por tanto, no le saldría a usted rentable retirar en este momento sus almas, pagando además la considerable cláusula de rescisión necesaria, para ganar ahora algo que, en propiedad, no sería suyo sino del Banco". "¡Conque esas tenemos! ¡Pues si yo caigo, os arrastraré conmigo al Infierno!", tronó, amenazador, el Diablo. "Le recuerdo, estimado cliente, que la misma fuerza cósmica y legal vincula nuestras promesas —pactos, si lo prefiere— y los que ha hecho usted con sus ánimas. Por tanto, si ahora incumple nuestro contrato, mucho me temo que sus propios contratos perderán toda su validez y, no sólo las del Infierno, sino hasta las almas del purgatorio quedarán libres". "¡Diablos! ¡Pero, un momento, por lo que he entendido he cedido la titularidad temporalmente! ¿Cuándo termina este malhadado contrato?". "Oh, no se preocupe, estimado cliente, se especifica claramente en el pergamino, en esta subsubcláusula que puede leer con ayuda de estas lentes de aumento: hasta que se hiele el Infierno". "¡AAAARRGGHH!¡Al diablo!". gritó entonces Satanás, y desapareció jurando venganza en una nube de azufre.

VERÍDICA Y BREVÍSIMA RELACIÓN

Cuando el hombre de nuestra historia, que seguro que ya os habíais olvidado de él, supo de todo esto, se alegró sobremanera, pues técnicamente el Diablo no podía reclamar su alma hasta que hubiera concedido su deseo, ni el Banco apropiarse de su vivienda. Y así pues, él y su esposa vivieron felices y comieron perdices por el resto de sus días. Y ella le felicitaba siempre por lo inteligente que había sido, salvo, claro, cuando lo veía de otra forma y se burlaba de él y lo insultaba por haberse puesto en manos del Diablo y, peor aún, del Banco, pero sólo le regañaba de esa forma cuando el hombre volvía a meter la pata, o cuando ella tenía un mal día. O, bueno, cada vez que le apetecía, realmente.

En cuanto al Banco, gracias al oro del Infierno —y también el que le pagaba el Diablo— creció y creció hasta convertirse en la más poderosa de las instituciones humanas, y desde entonces nos gobierna, gracias a Dios, recta y sabiamente. Y habéis de saber que el Diablo sigue aún laborando penosamente e intentando reclamar sus almas. Y dicen que el gran calor y agobio que se siente en las salas de espera de los bancos se debe al Diablo, que aguarda impaciente su turno para saldar su deuda y empezar por fin el Apocalipsis. Y ya lo intentó en el año 1000 y en el 2012 y quiere intentarlo otra vez en el 6666, pero nunca se da cuenta de que, debido a una subcláusula, el interés de su deuda sube al mismo ritmo que el nivel de vida, así que, vamos, yo diría que no hay que preocuparse. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

—Mmmmh, ya, señor Manejos —dijo el juez—, pero todo eso no justifica que haya usted engañado y estafado a tantos clientes con sus cláusulas abusivas.

- —Pero, estimada Señoría, de todo mi relato se desprende que el Banco no sólo no es responsable de los posibles perjuicios ocasionados, sino que, por el contrario...
- —¡Ya le diré yo a usted lo que se le va a desprender! —le cortó el juez—. ¡Le condeno a veinte años y un día, y a ver qué productos facilita usted a pequeños propietarios en su celda!

Y así diciendo dio con su martillo en la mesa. Y entonces los que allí estaban aquel día, cuentan que por todos los Juzgados se extendió un olor a azufre y a carbón, y se oyó una larga y diabólica carcajada. Pero yo no estaba allí aquel día, así que, vamos, que yo aquí lo cuento, pero a lo mejor va y es todo mentira.

¿Pero qué he heredado? Un niño le hace esta pregunta a su abuelo. Y muchas otras, pues ha escuchado que sus padres, muy preocupados, hablan en casa de hipotecas, de bancos, de deudas y de la triste herencia que le pueden dejar a él, su único hijo. Cuando, gracias a las explicaciones del abuelo, descubre cómo los bancos están haciendo sufrir a tantas familias como la suya, decide buscar ayuda. Y, como ya estamos en Navidad, escribe una sorprendente carta a los Reyes Magos. Lo que les pide deja con la boca abierta sus padres... y provocará el mismo efecto entre todos los lectores de este enternecedor relato.



¿PERO QUÉ HE HEREDADO?

Por Juan Miguel Rivero Ortíz (J. Memphis)

buelito, ahora que vamos paseando por el parque tu y yo, y aquí estamos solos ¿Te puedo preguntar algo?

-Claro cariño mío, dime.

En ese justo momento el nieto suelta la mano de su abuelo y mientras siguen paseando, se para junto a él y mirándolo fijamente le dice:

- -Abuelo, ¿qué es una hipoteca?
- —Eso, mi vida, es algo de los adultos, son cosas de mayores ¿Para qué vas a querer saber qué es eso? Realmente es algo complicado de entender, aun para un personajillo tan inteligente como tú. Ya tendrás tiempo de enterarte bien de todo.
- Pero abuelito, explícamelo tú porque yo he oído a mis padres hablar alguna vez de eso, y creo que no debe ser muy bueno.
- —Vamos, vamos a sentarnos en ese banco que está a la sombra del árbol y te explicaré un poco de qué se trata. Mira, resulta que cuando eres mayor y quieres comprarte una casa, pues necesitas mucho dinero, pero la gente no tiene ese dinero en un cajón metido, así que va al banco, que es quien

les presta ese dinero, y luego las personas se lo van devolviendo poco a poco, para eso firman unos papeles donde dicen cuánto dinero les presta el banco y cuánto tiempo tienen que estar los adultos para devolverles ese préstamo que les han dado. Eso es básicamente una hipoteca.

- Abuelo, ¿y los bancos tienen tanto dinero? ¿Cómo lo hacen?
- —Eso es algo más complicado de explicar, pero más o menos funciona así: ellos te prestan un dinero y luego, al devolvérselo, hay que pagar unos intereses, es decir, lo que te han prestado y algo más, y de ese algo más que les das, ellos van ganando su dinero y pueden seguir prestando.

El niño parece que no se queda muy convencido de lo que el abuelo le cuenta, y baja la mirada al suelo, el rostro algo triste, lo que hace que el abuelo tenga una repentina preocupación y le diga:

- −¿Por qué esa cara, te pasa algo?
- —Sí abuelo, estoy triste porque he oído a mis padres hablar cuando yo estaba dormido y están muy preocupados, creo que no lo están pasando bien y creo que es por mi culpa, ya que me padre decía: "¿Pero qué herencia le vamos a dejar al pobre niño?" ¿Qué es una herencia, abuelo? Es que siempre he oído que me decían que había heredado los ojos de mi padre, y me decían que eso quería decir que tenía el mismo color de ojos que él. Eso no me disgusta, pero al oír eso que mi padre decía a mi madre y los dos parecían preocupados por dejarme una herencia, y como hablaban de unos intereses y unos bancos, por eso te preguntaba qué era eso de la hipoteca.
- ¡Anda ya, mi niño, ven! Ven que te doy un abrazo. No debes preocuparte muchachín, tú eres un niño y debes hacer

cosas de niños, el mundo de los adultos a veces parece algo complicada, pero cuando creces en una familia y te tratan y cuidan con amor, todo es más fácil cuando eres mayor. No debes preocuparte por esas conversaciones entre adultos, ya que hablan cosas que a veces piensan y luego no son tan difíciles y, además, ellos siempre saben cómo hacer las cosas. Mi niño, tú debes pensar sólo en los juegos y en el colegio y en los amigos. Además, ya se acerca la Navidad y debes escribir pronto la carta a los Reyes Magos. ¿Qué les vas a pedir este año?

—Pues todavía no lo sé abuelo, tengo que pensarlo, porque hay muchas cosas que quiero y debo de elegir las mejores.

Pasan unos pocos días de la conversación entre abuelo y nieto, cuando se acercan las fechas navideñas, y este pequeño de apenas diez años, hace su carta para los Reyes Magos. Al leerla después, los padres se quedaron boquiabiertos y sin palabras:

Queridos Reyes Magos:

Soy un niño como cualquier otro de mi cole, y os voy a escribir mi carta para este año, deciros que me he portado como siempre muy bien, y no me he peleado con mis amigos ni desobedecido a los profesores ni padres, así que os pediría me hicierais caso con mis regalos. No os voy a pedir juguetes para mí, este año he pensado que os voy a pedir mucho, mucho pero mucho dinero para los bancos. Os quiero explicar porque pido eso, quiero ver a mis padres felices y quiero que todas las personas también puedan serlo. Este año he aprendido qué significa la palabra hipoteca, resulta que también he aprendido qué es una herencia, y quiero deciros que por ejemplo mi

abuelo como herencia le ha dado a mis padres muchas cosas de su vida, como cuando ya no podía conducir le dio a mi padre su coche para que pudiese ir mejor de un lugar a otro, también le ha regalado una colección de cometas con las que ellos jugaban y volaban los días de viento, y una bolsa de canicas y una bicicleta muy antigua con la que mi abuelo salía a pasear. Pues con todo esto, yo un día oí a mis padres hablar preocupados por su hipoteca y se preguntaban ¿Qué me iba a quedar a mí de herencia?, mis padres decían que sólo que iban a dejar deudas y una hipoteca. Entonces un día hable con mi abuelo mientras paseábamos por el parque y él me explicó qué era una hipoteca, me habló de unos intereses y todo eso, sólo un poco pero yo no entendía porque eso era tan malo, y seguí averiguando más cosas, aunque soy un niño también entiendo cuando en las noticias de la televisión salen cosas sobre hipotecas, y sobre gente que no puede pagar sus casas y las pierden, por eso quiero que les deis mucho, mucho dinero a los bancos, para que ellos cuando presten su dinero, la gente se lo pueda devolver, como cuando un día se me olvidó a mí la goma de borrar en casa y en la clase mi amigo Alfonsito me la prestó, luego no me pidió devolverle la goma que me había prestado para borrar y cuatro gomas más para él. Yo he entendido que los bancos son una empresa, o sea un trabajo donde los que trabajan tienen que ganar un dinero para poder pagar sus hipotecas y la ropa y comida y demás cosas que tienen que comprar en su casa, pero que por eso para tener luego trajes más bonitos y luego irse de vacaciones en barcos y se compren muchas más cosas, no veo justo que hagan unas cláusulas (que por lo que he entendido son unas normas) y las hacen de una manera que no es buena, porque abusan del poder que tienen y cuando prestan algo hacen que los que tienen devolver el dinero luego les tengan que pagar mucho, mucho más de lo que les han dejado y luego veo en las noticias que estamos en una

¿PERO QUÉ HE HEREDADO?

crisis y hay familias que no tienen trabajo, pero esas cláusulas, que les llaman suelo (no entiendo por qué si son altas deberían llamarse techo), pero los mayores son así, lo que os quiero decir es que esas cláusulas no dejan que cuando una persona tenga menos dinero para pagar o estamos en una crisis en todos los lados, ellos los bancos siguen ganando mucho dinero y los demás no. Veo en las noticias que dicen que los intereses han bajado, pero que los bancos no quieren dejar que la gente les devuelva menos porque han firmado esas normas, sabiendo que no son buenas. Luego después de esto, hay muchos que cuando no pueden pagar esos intereses, les quitan las casas y el banco se queda con todo el dinero y sus casas. Por eso comprendo yo la preocupación de mis padres, una vez les oí hablar por teléfono con alguien que podía ser de un banco, porque les escuché decir que la hipoteca era muy alta y además de pagarles lo que pedían, tenían que pagar unos seguros que les obligaban ellos. Sólo soy un niño y no comprendo mucho todo, sólo sé que cuando yo cambio los cromos en el patio del recreo con mis amigos, los cambiamos uno por otro, si hay alguna estrella y decimos que vale más, siempre cambiamos por una más, pero cuando en verdad yo la tengo repetida, me da lo mismo cambiarla por una sola, porque es lo justo. Y queridos Reyes no entiendo porque una persona del banco puede ganar más dinero cada vez y las demás personas no. Un día estaba almorzando en casa de mi tito Blas y luego me fui a jugar con mi primo, mis tíos veían la televisión y oí que las noticias decían cosas de una burbuja inmobiliaria, entonces mi tío Blas comentaba algo de que todo esta crisis es por culpa de ello. Cuando llegué a casa le pregunte a mi padre que era eso de la burbuja esa, y me dijo que era algo de mayores, pero que significaba algo así como que los bancos habían vendido las casas más caras de lo que suelen valer. Esto que me dijo mi padre me ha hecho pensar algunas cosas queridos Reyes

Magos, y es que si los bancos venden algo mucho más caro de lo que vale, y ellos te prestan el dinero para comprarlo y luego ellos te obligan a pagarle más dinero del que te han prestado y si no lo haces te quitan tu casa. Estoy pensando que los bancos son gente muy mala, y sólo quieren tener ellos mucho dinero para comprarse más cosas y ser más ricos, y que eso no es justo. Por eso os pido este año mucho, mucho más dinero para los bancos, para que ellos se compren lo que quieran pero no lo hagan con el dinero de los demás, y no les hagan pagar a los demás más del dinero que deberían pagar y todo eso sólo para hacerse más ricos y poder tener más que los demás. Además queridos Reyes Magos que yo no quiero que mis padres me dejen esa herencia que se llama hipoteca, yo prefiero que mi padre me regalase unas vacaciones junto a mi familia o esa chaqueta tan chula que se pone cuando salimos y hace frio. Sé que este año no estoy pidiendo para mí que me he portado bien, y estoy pidiendo para los bancos que no se están portando bien con la gente, pero si me hacéis caso a lo mejor ellos no tienen que engañar más a la gente para tener dinero, quitarles las casas a las familias porque si las familias pierden sus casas ¿Dónde van a vivir?, creo que los dueños de los bancos no entienden estos problemas porque viven allí en sus lujosos chalets y ellos no tienen problemas como cualquier persona yo espero queridos Reyes Magos que ustedes no tengáis que pedir una hipoteca y si la tenéis que pedir ya os estoy advirtiendo de lo malo que son la gente de los bancos.

The Superherloans. Toda una aventura de superhéroes de la solidaridad. Descubra como Optimus Subprime, el Capitán Euríbor, Auction Man (el Hombre Subasta), el Doctor Mortage (Doctor Hipoteca) y la hermosa Laika (llamada así por haber sido "lanzada" de su casa, como la famosa perrita fue lanzada el espacio) combaten juntos contra los abusos hipotecarios y las malas prácticas bancarias que ellos mismos sufrieron antes de convertirse en seres con súper poderes: la solidaridad, la crítica y la fortaleza para enfrentarse a las injusticias de la crisis hipotecaria. A todos los lectores les entrarán ganas de unirse a estos héroes que superan la barrera de la ficción y combaten contra la dura realidad.



THE SUPERHERLOANS

Por José Ibáñez Bengoechea (El Niño Tortuga)

h, hola! ¿Qué tal? Vaya... Disculpad por la escena. Me habéis pillado in fraganti. Vosotros me brindáis una atenta visita y yo os recibo de esta guisa. Qué mal. No pretendo justificarme, pero la verdad es que os esperaba un poquito más tarde, en la reunión, con el resto del superequipo. No imaginaba recibiros aquí, en casa, en pijama y descalzo, apurando las últimas caladas de este Fortuna, que, por cierto, me está sabiendo a gloria. Bueno, y mejor me sabría de no ser por la televisión y sus noticieros; le dan a uno la comida y el postre. Mirad, mirad, ahí lo tenéis: uno de los supervillanos del momento, saltando al mar desde un precioso yate, con su bañador amarillo pollo bien metido por la raja del culo y una sonrisa de oreja a oreja. A éste yo le llamo "el Joker". Se ríe de María Santísima.

¿Qué por qué echo la ceniza en ese envase de yogurt recién terminado? Por lo mismo que las ventanas están abiertas de par en par y la puerta del comedor bien cerrada: en esta casa no se fuma. Y como no se fuma, no hay ceniceros; no es que sea un cerdo, es lo que haría MacGyver, sin duda. Es la casa de mi madre, ¿sabéis?, aprovecho que se ha ido unos días a Benidorm con sus amigas, las de la partida de brisca, y me desparramo aquí como si todo esto fuera mío. Me reclino

en el sillón, subo los pies en la mesa y me fumo un buen cigarro. Incluso dejo los zapatos tirados en mitad de la alfombra, ahora que no me ve. Vuelve esta noche. Que sí, que sí, que luego ventilo todo bien, como si tuviera quince añitos, pero por un rato, con los ojos cerrados, acaricio con las yemas de mis dedos los buenos y viejos tiempos. Y es que parece que hace ya una eternidad.

Así que eso creíais, eh. Pues no, no tengo quince años. Cuarenta y siete y subiendo, y ya hace varios que peino canas, pero eso no me impide ser un superhéroe de los más admirados por estos lares. Y de los más activos. Un mal divorcio, el paro de larga duración, una hija mayor de edad buscando su rumbo con una brújula que la aleja de mí de forma tenaz... Son ese tipo de cosas que te dejan mucho tiempo para la lucha contra el mal y en favor de la Justicia. A eso nos dedicamos. Los demás y yo. Los *Superherloans*.

El nombre fue idea de *Optimus*, que es el que más inglés maneja del grupo. Surge de la suma de "superjirous", superhéroes, en inglés, y "louns", esto es, préstamos. Superherloans. Y la verdad es que tiene pegada. ¿No creéis? Bastante más que mi idea, eso seguro: "Personas de Interés Variable". No recibió ni un voto. Nunca se me ha dado muy bien eso de poner nombres a cosas. Y sí, exacto, lo habéis averiguado: lo de *Optimus* es un apodo, un nombre de guerra, un "supernombre". Todos tenemos uno. Se llama Ricardo, pero nosotros lo conocemos como *Optimus Subprime*.

Los *Superherloans* somos un grupo de superhéroes unidos por el que se ha convertido en uno de los episodios más determinantes de nuestras vidas y del que resultan todos nuestros súper poderes. ¿Una exposición prolongada a la

radiación gamma durante un accidentado viaje espacial? No. ¿La mordedura de un grupo de simios genéticamente modificados que escaparon de su cautiverio y atacaron la ciudad? Tampoco. ¿Y qué me decís de unas pruebas del Gobierno, calificadas de alto secreto, en las que se nos inyectó un suero que habría de mejorar nuestras habilidades físicas y mentales y convertirnos en soldados invencibles carentes de voluntad propia? Nada de eso. Los que nos unió, con el tiempo, fue algo mucho más aterrador: un lanzamiento hipotecario.

Y es que, queridos amigos, cuando la posees de forma pacífica (ni siquiera es necesario hablar de pertenencia) y te aproximas a su concepto de forma inconsciente, usual, casi connatural a la existencia o como presupuesto de ésta, la vivienda es poco más que ese lienzo en blanco listo para pintarse a brochazos con pintura de la marca IKEA, en el peor de los casos. Ese espacio que casi siempre presenta más defectos que virtudes, a saber: dificultades para calentarse de forma eficiente, poca luz o la falta de una terraza para rozar la perfección de aquellas que se nos muestran en los programas transoceánicos de esos canales de nuevo cuño de la televisión digital terrestre. Por cierto, ¿no hay demasiados canales de estos? Quiero decir, ¿tanta gente ve la televisión? ¡Por Dios!

Oh, perdón, que me desvío. Lo que quería decir es que, y he aquí la paradoja de la condición humana, tan sólo cuando se nos es arrebatado el manto de su protección comenzamos a vislumbrar todo lo que nos proporcionaba ese techo otrora desdeñable. Al menos eso me ocurrió a mí. Corría el año 2002. Sólo yo trabajaba, ya que Susana se había estado dedicando a nuestra hija en cuerpo y alma. También a la casa en que vivíamos alquilados. ¿Recordáis esos tiempos en los que el sudor

valía lo suficiente para que una familia viviera con un salario? Al menos nosotros lo hacíamos. No éramos ricos, ni podíamos darnos grandes lujos, eso está claro, pero no nos faltaba de nada y nuestra hija se crió con su madre. Yo aún me enorgullezco de ello.

"Samuel, ¿no crees que, para estar regalándole el dinero a Doña Milagros, nos compramos nuestra propia casa? Ya tenemos una edad... Y Martina...", me decía. Y un día lo hicimos. ¡Vaya que si lo hicimos! Hicimos lo que todo el mundo. Coche nuevo, familiar, pero potente. Televisor más grande. Con dolby. El "milagro económico" iba viento en popa y el Euríbor estaba en mínimos históricos; aquel director de banco me hubiera concedido la mano de su hija adolescente, si se lo hubiera pedido.

Cuando seis años después el humo de la prestidigitación política se hubo esfumado y mi empleo cambiado de forma forzosa, mutando en uno con una remuneración ridícula... Cuando mi mujer, cansada de verme cansado de ser la persona en quien me había convertido, de oír a nuestra hija lamentarse por no poder ir a aquel viaje de fin de curso, de recibir avisos de impago, de mendigar a sus padres pequeños préstamos que nunca se devolverían, por fin, se hubo marchado llevándose a Martina consigo... entonces, sólo seis años después, ese mismo director no me daba ni la hora por no perderme de vista, ¡como si le fuese a robar el bolígrafo atado con aquella ridícula cuerda! Me miraba con ansiedad evidente, moviendo la cabeza de un lado a otro, y con tristeza impostada decía: "Joder, Samuel, lo siento, no puedo hacer nada, de verdad, sabes que si pudiera..."; y con sus ojos: "Márchate, por favor. Levántate y vete".

¿Qué ya habéis oído esta misma historia o una muy similar cientos de veces? Claro, lo imagino. Pero ésta en particular, la que acabáis de oír, es, grosso modo, la del origen del *Capitán Euríbor*, o sea yo. Ah, conozco esa cara. Sé exactamente lo que os estáis preguntando. Que por qué utilizamos estos nombres de guerra, nombres que incluyen alusiones a las cosas que sirvieron de instrumentos mortales en nuestra historia de caída y ya nunca más de ascenso. En nuestra historia y en la de tantos otros.

Utilizamos esos nombres para hacer visible a todos los ciudadanos de a pie, sin *superpoderes*, que son sólo eso, nombres. Nombres creados por hombres, para referirse a conceptos, instituciones o factores creados por hombres. Nombres creados para dotar a estos conceptos de vida y de una fuerza que, a base de menciones, termine por parecer mayor que la de los propios hombres que los crearon, al menos, a los ojos de los ciudadanos. Nombres inventados, engendrados, puestos en boca de los villanos que, sólo al conseguir que se les vea como sujetos a la voluntad de estos nombres, pueden perderse y esconderse entre la multitud. Y, si acaso, al ser detectados y separados del gentío, y señalados... entonces, poder rogar mirando al cielo y, con las palmas hacia arriba, pedir clemencia, pues, "por Dios, tened piedad, fue el designio de Los Nombres..."

No. No y diez veces "no". Fue el designio de los hombres. De algunos hombres. Y es por esto que nosotros vaciamos aquellos nombres que se nos muestran cretácicos y nos llamamos a nosotros mismos *Capitán Euríbor, Optimus Subprime, Auction Man* (el Hombre Subasta), *Doctor Mortgage* (el Dr. Hipoteca) y *Laika*. Los cinco *Superherloans*. Ya, sí, es verdad, el

de *Laika* es diferente. No tiene que ver con esos nombres antiguos que nos fuerzan a obedecer. Se llama Carmen. Carmen escogió su nombre; cada uno escoge el suyo y el resto no nos metemos. Según dice lo escogió porque, para ella, su lanzamiento fue como el de un cohete que la dejara sola, flotando en mitad del espacio exterior, esperando su final, a su suerte. Como a *Laika*.

Me gusta *Laika*. Y creo que yo también le gusto. No hablo de cosas de críos, hablo de gustarnos de verdad. Pero es difícil. Una noche pasó algo entre nosotros. Fue genial. De hecho, creo que es lo mejor que me ha pasado en el último lustro. Sí, con toda probabilidad. Fue hace cosa de un mes. Hicimos una cena, los del *supergrupo*, ya sabéis. Al final terminamos bebiendo en el bar en que solemos reunirnos a tomar café y planear nuestras misiones. Era tarde. Nunca nos quedamos hasta tan tarde. Estábamos algo borrachos ya cuando "el Doctor" se marchó y nos dejo solos a *Laika* y a mí. "Adiós, guapos, cuidaos mucho", y mientras cogía su chaqueta, me guiñó un ojo por encima del hombro de ella, me dedicó una amplia sonrisa, se dio la vuelta y se fue. ¿Resultaba tan evidente qué me gustaba *Laika*? Qué pregunta...

Me puse nervioso al instante y empecé a sorber la copa de whisky como si inhalara el último oxígeno de la atmósfera. Laika se dio cuenta y sonrió abiertamente. Eso me tranquilizó. Seguimos hablando. Nunca la había visto tan dulce. Me miraba de medio lado y enredaba los dedos en sus bucles caoba. Se mordió el labio. Sin saber muy bien cómo, al rato estábamos besándonos apasionadamente a unos metros de la puerta del local. Parecíamos, nuevamente, unos críos de quince años descubriéndose a sí mismos y al otro. Y ahí fue

cuando, a un mismo tiempo, caímos en la cuenta. Ninguno de los dos tenía las llaves de un lugar en que acostarnos. No sin que su hermana y sus sobrinos se despertaran angustiados o mi madre, que es peor, llamara a la policía porque "alguien está pegando a una mujer... en mi casa". No os riais, no exagero ni un poco. Quince añitos...

No me dio tiempo a entristecerme porque Laika me lo impidió. "Hagamos algo, sólo por hoy, ¿te parece?", me dijo. Y cómo negarse a aquella mirada. Así fue como terminamos en la habitación de un motel de mala muerte, regentado por la mujer menos aseada que jamás he visto tras un mostrador. Los únicos puntos de luz de la habitación eran una lamparita destartalada sobre una mesilla de noche (más vieja que yo) y una bombilla casi ámbar que parecía descender desde aquel techo exageradamente alto como un espeleólogo desnudo en mitad de una gruta abismal. El somier de muelles y el colchón tenían mil batallas. La pintura de la pared, desconchones. Con todo, fue una noche excepcional, memorable, de las mejores de mi vida. No sólo por el sexo, que también (Dios, no supe cuanto lo echaba en falta hasta aquella noche). No. Por todo. Fue excepcional porque por primera vez en años pude compartir el calor de alguien, el tacto de su aliento, la humedad de sus besos, una conversación pausada en la ventana, desnudos, fumando... Pude ser un hombre otra vez, y Laika una mujer.

Sé que puede que sea algo absurdo para vosotros, ahí de pié viéndome vestirme y ponerme los zapatos (no lo veis, pero este es mi *supertraje*). Algo banal. Lo más nimio. ¡De dónde toma la esencia de la vida este hombre adulto y ya canoso!, podéis pensar. Y si es así, me alegro y os felicito. Me alegro

porque significa que hoy, al volver a vuestro hogar, quizá podréis enredaros en la sábanas con vuestra pareja y después, desnudos, fumando, decidir que es tiempo de cambiar las cortinas, de visitar a los padres del otro, que se hacen mayores y se enrancian y se sienten solos. Me alegro, porque a diferencia de otros muchos como nosotros, los *Superherloans*, tenéis ese lugar en el que dar por hechas las cosas y ser hombres y mujeres.

Me alegro por eso y os felicito, pero os pido algo. Os pido que mientras sois hombres y mujeres y dais por hechas las cosas y os enredáis entre las sábanas y fumáis y habláis de cambiar las cortinas y visitar a los suegros, dediquéis un momento a pensar en las *Laikas* y en los *Capitanes Euríbor* del mundo. En quienes perdieron, no su lienzo para pintar con mobiliario escandinavo, sino su espacio para amar, para sentirse libres, para creer en sí mismos. Y si en ese breve instante sentís el impulso de hacer algo por que eso cambie, por combatir el pensamiento que atomiza y enfrenta a los hombres, en definitiva, de hacer lo que nosotros hacemos, sólo tenéis que llamar, que escribir, que presentaros en casa o en el bar, y los *Superherloans* os recibiremos con los brazos abiertos, deseosos de contar con nuevos superhéroes.

(...)

¡Anda, pero qué tarde se ha hecho! Yo ya estoy listo y la reunión empieza en quince minutos. *Cartera, móvil, llaves...* Bueno, ¿qué decís? ¿Os venís conmigo? ¿Os unís a los *Superherloans*?

Alfredo y Eulalia son dos viejecitos que van de banco en banco. Tienen unos ahorrillos y buscan dónde colocarlos. Algo seguro y sin riesgo alguno, porque no quieren sobresaltos. Y, sobre todo, son conscientes de que pueden necesitar el dinero en cualquier momento. Aunque este relato, cargado de humor y fina ironía, va más allá del tema hipotecario, ha sido seleccionado por su habilidad para demostrar de qué modo —también como efecto colateral de las malas prácticas hipotecarias de bancos y cajas— se vendió determinado producto tóxico tristemente famoso. Descubran ustedes las mentiras con que intentan colocárselo a estos supuestos abuelos que, en realidad, son otra cosa muy distinta.



ALFREDO Y EULALIA

Por Daniel Soler Boquera (Leo Lister)

Madrid, mayo de 2009.

hí están, ya han llegado. Son Alfredo y Eulalia, una encantadora pareja de ancianos que vienen a invertir sus ahorros. Alfredo lleva boina y viste con un descolorido traje de pana verde oliva, que le viene demasiado grande. Camina torpemente ayudándose de un bastón. Eulalia, por su parte, luce un gran sombrero azul adornado con una gigantesca rosa color frambuesa y un racimo de uvas de plástico, que no hace demasiado juego con su traje chaqueta amarillo chillón. Parece una parodia de la Reina de Inglaterra. Acaban de entrar en el banco. Han quedado con Carlos, el director de la oficina, para que les asesore. Los dos litros de perfume que se ha puesto Eulalia esta mañana se esparcen por la sala. Carlos, advertido por su olfato, se ha dado cuenta de su llegada y les saluda con una sonrisa amistosa tras el cristal. Está sentado en su despacho terminando el papeleo con otro cliente, uno que ha pedido una hipoteca de cien mil euros. Solo tiene un contrato a tiempo parcial y su mujer está en paro. Carlos no está muy convencido de que pueda devolver la deuda, pero se la ha concedido igualmente. El hombre parece estar muy agradecido, porque le estrecha la mano efusivamente después de firmar el contrato. No le ha hecho una reverencia de milagro.

La pareja de ancianos está sentada fuera, esperando su turno. Alfredo y Eulalia pudieron ahorrar treinta mil euros a base de trabajar más de cuarenta años en un pequeño negocio de ultramarinos. Una de esas tiendas que ya se están extinguiendo por la instalación masiva de centros comerciales alrededor de la ciudad. Carlos tiene pensado ofrecerles un paquete de preferentes, un nuevo producto financiero con una alta rentabilidad. La oficina necesita colocar cincuenta mil euros cada mes por orden de sus superiores, que han visto en ese producto una posibilidad de obtener suculentos ingresos. Es una cantidad asequible, pero este mes no están llegando a las expectativas y hay que ponerse las pilas. En eso piensa Carlos mientras se despide de su última visita y da paso a la pareja de ancianos.

- —Buenos días, Alfredo. ¿Qué tal, Eulalia? ¿Todo bien? Carlos les invita a sentarse.
- —Bien, gracias. Un poco cansada. Ya nos hacemos mayores, y con este tiempo... —comenta Eulalia, mientras su marido la ayuda a acomodarse en la silla. Su perfume se extiende por el despacho.
- —Sí, a mi madre también le pasa... Es la vida, qué le vamos a hacer... −comenta Carlos.
- —Sí, hijo mío, sí... —contesta Eulalia, dejando su estrafalario sombrero encima de la mesa.

Alfredo se ha sentado en la otra silla, quitándose la boina y apoyando su bastón en la pared. Eulalia coloca el bolso en su regazo.

—Bueno, qué, ¿se han pensado lo de las preferentes que les comenté la otra vez? —El director se acomoda sin poder evitar mirar de reojo el sombrero y coloca unos documentos y un bolígrafo encima de su escritorio.

ALFREDO Y EULALIA

- —Pues, la verdad es que yo no me acuerdo de nada —dice Alfredo, hablando por primera vez y estirando su pierna mala debajo de la mesa—. Empecé a leerme los papeles que me dio, pero tienen ustedes un lenguaje que no hay quien lo entienda... ¿Podría contármelo otra vez?
- —Sí, claro, para eso estamos aquí. Aunque no hay mucho que contar, es una oportunidad única. Yo lo haría con los ojos cerrados.
- Yo tengo cataratas, ¿sirve? Alfredo, se ríe de su propia gracia. Eulalia lo acompaña con una sonrisa infantil, y Carlos, desconcertado, hace lo mismo.
 - −¡Qué bromista es usted!
 - -Sí, soy muy de la broma, desde siempre.
- —¿Bromista mi marido? Tendría que verlo en Navidades, siempre acaba contando chistes cuando lleva un par de copas de más. Es tremendo, mire... —Eulalia saca una foto de su bolso—. Siempre la llevo para enseñarla.

En la foto, Alfredo aparece subido a una mesa repleta de platos con restos de comida y un montón de botellas de licor, lleva una nariz de payaso y está gesticulando como un poseso, mientras los comensales ríen a carcajadas.

- −Ja, ja, ja... es muy graciosa la foto... −comenta Carlos.
- −Y aquí tengo otra...

Es Alfredo incrustando la cara en una tarta de cumpleaños.

- —Ja, ja , ja... qué bueno —dice Carlos, mientras remueve los documentos del escritorio y toquetea el bolígrafo.
- -¿Y esta? Esta sí que es buena... Es en el carnaval del año pasado. -Eulalia se la pasa al director.

En esta ocasión Alfredo está disfrazado de bebé, vestido

únicamente con unos pañales gigantes, un chupete en la boca y agitando un sonajero.

Carlos se rasca la nariz mientras sonríe.

- —Muy buena, muy buena... —Echa un vistazo a su reloj—. Bueno, ¿les explico lo de las preferentes?
- -Sí, sí, perdone... Cuente, cuente... -Eulalia guarda las fotos.
- —Pues, como les dije, es una gran oportunidad para rentabilizar su dinero. Nada menos que un siete por ciento anual y el Euríbor. Y tiene la garantía del cien por cien. Nuestra entidad es una de las más solventes de Europa, mire, aquí lo puede ver. —Carlos les enseña una estadística con unos dibujitos de colores.
- -¡Aaah! Es verdad, la tercera de Europa, según veo... dice Alfredo.

Carlos sigue contándoles todas las bondades del producto, ojeando de vez en cuando el guión que le han ordenado sus superiores que utilice en estos casos.... Por lo que dice, es verdad, tiene una pinta extraordinaria. Un chollo, vamos. Cuando el director termina su explicación, Alfredo saca un roñoso papel del bolsillo de su camisa y se coloca las gafas de leer...

- —Perdone, es que tengo unas preguntas aquí apuntadas y no quiero dejarme ninguna... A veeer... Vaya, tendré que comprarme otras gafas, no veo un pimiento... A veeer... Ahora, ahora... ¿Seguro que cobraré ese cupón del siete por ciento y los sucesivos de Euríbor más el tanto por ciento que corresponda? —Alfredo lo dice de un tirón, como si lo hubiese ensayado.
- -¿Cómo?... ¿Qué?... Eeee..., siete por ciento, sí claro. Es un compromiso de la entidad. Carlos sabe que no es del

ALFREDO Y EULALIA

todo cierto, solo cobrará si la entidad tiene beneficios. En lugar de contarle eso, le enseña un folleto publicitario—. Mire, lo pone aquí...

- —Ah, ya veo... ¿Y seguro que podré recuperar mi inversión a los cinco años de forma irrevocable? —pregunta de nuevo Alfredo.
- —Estooo... sí, claro, por supuesto. —Carlos se estremece por lo que acaba de decir. Sabe que el banco simplemente se reserva la opción de amortizar esa deuda a los cinco años, pero no tiene ninguna obligación de hacerlo.
- −¿Puedo coger un caramelo? −pregunta Eulalia de pronto.
 - —Sí, claro, los que quiera. —Carlos vuelve a mirar su reloj. Alfredo continúa con sus preguntas...
- —Y, si necesito el dinero y quiero vender esos títulos en el mercado secundario antes de cinco años, ¿recuperaré seguro el cien por cien de lo invertido?
- —Estooo... Bueno... no se preocupen, en caso de necesitar el dinero, nosotros nos comprometemos a recomprarle esa participación —miente Carlos, mirando a Eulalia.
- —No, a mi no me miré, yo no entiendo nada… esto es cosa de mi marido. ¿Estos bolígrafos son de regalo?
- —¿Eh?... Sí, sí, coja uno... —El director le acerca la bandeja de bolígrafos—. ¿Decía, Alfredo?... Ah, sí, lo de recuperar su dinero... Seguro, sin problemas. En cuarenta y ocho horas. —No es verdad, le ha salido así, ya lo había dicho otras veces.
- Y en caso de impago de la entidad... ¿en qué lugar jerárquico están los titulares de participaciones preferentes? continúa Alfredo, hablando como un autómata y mirando a Carlos por encima de sus gafas.

- —¿Cómo?... Eeee... Pues, bueno, quizá los accionistas tienen preferencia, es lógico, pero eso del impago es prácticamente imposible. No debe usted preocuparse, la solvencia de nuestra entidad es incuestionable.
- —No sé, yo no entiendo mucho... pero... es que el otro día, tomando una cerveza con Paco, el del estanco, me comentó que esto de las participaciones preferentes es una deuda perpetua que usted contrae conmigo, y que, si no quiere, no tiene ninguna obligación de devolvérmela. A mí eso me parecía muy raro —dice el anciano, mientras remueve el culo en su silla—. Perdone, es que estas almorranas me están matando.
- -Pero, Alfredo... No se preocupe, hombre, seguro que se amortizará a los cinco años. No le quepa duda. ¿A usted que le parece Eulalia? -El director cambia su objetivo, como si fuese un vendedor de enciclopedias, pero ella esta revolviendo el bolso buscando algo...
- —Mire, esta foto es de hace un par de años. Es que es tremendo mi Alfredo, es más gracioso... mire, mire...

En esta ocasión, en la foto, su marido aparece de espaldas, de cuerpo entero, bajándose los pantalones y enseñando su peludo trasero a la cámara... mientras un pastor alemán se acerca para olisquearle.

- —Ja, ja, ja... Con esta siempre me parto de risa... —dice Eulalia. Carlos la mira mostrando una sonrisa forzada—. Uy, perdone, no quería molestar, es que a veces se me va la cabeza, como no entiendo nada de lo que hablan... Siga, siga...
- —Pues, ya no sé por dónde íbamos, la verdad… —dice el director.

ALFREDO Y EULALIA

- —Me estaba usted diciendo que... Vaya, yo tampoco me acuerdo... —dice Alfredo, rascándose el culo.
- —Sí, bueno, en resumen... Es una ocasión única, Alfredo, garantizada cien por cien por una empresa como la nuestra, de las más solventes de Europa, no debe usted desconfiar, se lo digo yo, le sacará el mejor rendimiento a su dinero. —dice el director, dando por terminada la explicación.
 - −Bien, bien... ¿y qué tenemos que hacer ahora?
- —Pues, tendrán que rellenar este contrato, y firmarlo... Aquí, aquí y aquí... El papeleo, ya sabe... −El director le acerca los documentos y el bolígrafo.
 - —Vale, bueno, pero... ¿hay que firmar ahora mismo?
- —Tenga en cuenta que este producto no es infinito, tenemos un tope, como usted comprenderá... Yo no perdería la oportunidad —dice el director, impaciente.
 - -¿Tú qué dices Eulalia? -pregunta Alfredo.

La anciana está buscando algo en su bolso.

- —¡Aquí está! Mire, mire, esta sí que es buena... Es del verano pasado, cuando fuimos a Galicia... Alfredo se emborrachó tanto que se perdió por el monte, lo encontramos durmiendo en una pocilga con los cerdos... Mire la cara del cerdito...
- —Una foto fantástica... muy divertida... pero, ¿qué?, ¿van a firmar?
- No sé, creo que mejor nos lo llevamos a casa y allí lo leeremos con tranquilidad, comprenda que son todos nuestros ahorros −comenta Alfredo.
- —Claro, claro... como quieran. Llévense el contrato y ya me dirán... Si no entienden algo, no duden en llamarme... Pero no tarden, nos las quitan de las manos... Pues, nada,

espero sus noticias... —Carlos se levanta rápidamente para despedir a sus clientes. Los dos ancianos lo hacen con parsimonia. Alfredo se coloca bien la chaqueta, se sacude la pernera de los pantalones y agarra su bastón. Se acerca a su mujer cojeando ostensiblemente y la ayuda a levantarse. Eulalia aun está buscando algo en el bolso...

- —¿Ya nos vamos? Tenía otra foto por aquí, pero no la encuentro... Aquella que hicimos en la playa el verano pasado... ¿Te acuerdas?
- —Sí, cariño, pero ya nos vamos. Hay otros clientes esperando.
 - -Oh, qué pena. Quería enseñársela... Bueno, otro día...
- -Sí, otro día me la enseña -El director, impaciente, la acompaña a la puerta.

Antes de salir, un olor nauseabundo impregna el despacho.

- —Oh, lo siento, a veces se me escapa... —dice Eulalia, avergonzada.
- —Oh, no se preocupe... El rostro de Carlos es todo un poema. Saca su pañuelo y se tapa la nariz. El tufo mezclado con el perfume de Eulalia es insoportable.
 - −Oh, qué mal me sabe, perdone… pero… es que…
- —Nada, nada, no se preocupe, le puede pasar a cualquiera... Ya me dirán algo... Espero su llamada. —Carlos les acompaña a la salida. El olor se ha esparcido por toda la oficina.

Una vez en la calle, Alfredo y Eulalia se dirigen caminando en dirección al parque. Dos calles más allá, Alfredo deja de cojear milagrosamente y anda con toda normalidad. Cuando llegan al parque se sientan en un banco, uno al lado del otro. Se miran...

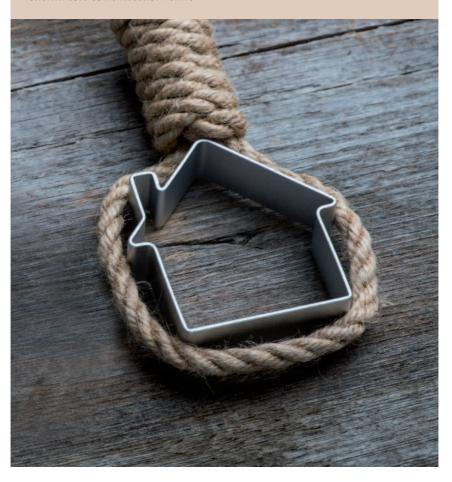
ALFREDO Y EULALIA

- —Ja, ja, ja, ja, ja, ja... —Los dos ríen al unísono—. ¿Has visto la cara que ha puesto cuando le he enseñado la foto del culo? Ja, ja, ja, ja... —dice Eulalia.
- —Sí... Ja, ja, ja, ja, ja... ¿Y con el pedo?... ja, ja, ja, ja... Aaay... ¡Qué bueno! —contesta Alfredo, riendo a lágrima viva.

A continuación, después de controlar su ataque de risa, Eulalia se saca el sombrero y empieza a buscar algo entre la rosa y el racimo de uvas de plástico. Saca un objeto metálico que había escondido en su interior. Es una minúscula cámara de video.

- −¿Se ha grabado todo? −pregunta Alfredo.
- A ver... sí, creo que sí contesta Eulalia, toqueteando la cámara.
 - $-\chi$ Y el sonido?
- —A ver... —Eulalia se coloca el aparato en la oreja: «... recuperar su dinero... Seguro, sin problemas. En cuarenta y ocho horas...» —. Sí, cariño, se escucha de maravilla... Ha dicho justo lo que me dijiste que diría.
- —De algo me tenían que servir mis cuarenta años de asesor financiero... Entonces, ¿qué? ¿Vamos al siguiente?
- —Claro, aún nos faltan dos visitas... —Eulalia vuelve a colocar la cámara en el sombrero.
- —Pues, venga, vamos... Tengo unas ganas locas de colgarlo en mi blog. A ver si la gente se entera de una puta vez de lo que está comprando.... Por cierto, ¿te quedan bombas fétidas?
 - -Por supuesto.

Cuando la muerte llama a la puerta es una historia triste, dramática pero que, por desgracia, también han padecido algunas personas arrojadas de sus viviendas por no poder pagar sus hipotecas. En una selección de relatos en los que predomina el humor y la ironía, el jurado ha querido incluir también este contrapunto para ilustrar el lado más trágico de la crisis. Porque las malas prácticas y los abusos bancarios no sólo afectan a la salud —personal y económica — de muchos ciudadanos, sino que pueden provocar efectos aún más radicales... como el que nos cuenta este estremecedor relato.



CUANDO LA MUERTE LLAMA A LA PUERTA

Por Izarbe Gil Márquez (Penny Lane)

a triste historia de cómo la injusta ley y sus correspondientes consecuencias acabaron con la vida de la completa familia de su amada comenzó el mismo día en el que ambos se conocieron por primera vez. Samuel era un joven muchacho nacido en una época de gran prosperidad en su país cuyo único deseo era contar con un asegurado futuro y, gracias a éste, disfrutar al máximo de una magnífica vida por costoso que el camino hacia dicho éxito resultase. Él estudió durante todos los años requeridos en una prestigiosa universidad y acabó graduándose de la escuela de abogados triunfalmente, celebrándolo junto a todos sus seres queridos en su extensa casa de campo. Si alguien le hubiese comentado en aquel mismo momento que en el primer caso que le adjudicarían conocería al amor de su vida, Samuel lo habría desmentido entre carcajadas y jamás habría dado por verdadera semejante tontería. Él ya no era un niño pequeño, sino un hombre adulto como cualquier otro, y podía perfectamente tomar las riendas y hacerse cargo de sus responsabilidades lo mejor posible. Por el momento, su oficio era lo único capaz de atraer toda su atención. Él estaba completamente volcado en éste y no buscaba, para nada, una relación ni cualquier otro tipo de compromiso que requiriese su tan preciado tiempo.

Samuel había nacido para entregarse frente a un juzgado y hacer que la persona o personas a las cuales defendía saliesen satisfechas de aquella sala con su dedicación, y estaba dispuesto a hacer lo necesario para que todo se resolviese de aquella manera con la que tanto había soñado. Era algo que había anhelado su vida entera y tanto su familia al completo como él mismo estaban orgullosos a más no poder de lo lejos que había llegado. No había lugar para otro sentimiento más que aquel en el más profundo rincón de sus corazones.

Pues bien, la mañana en la que conocería a sus primeros clientes llegó y, con ello, su pequeño corazón fue atravesado por una larga y gruesa flecha que pretendía quedarse atascada en aquel importante órgano por el resto de sus días. Julia y su familia habían acudido a él porque urgentemente necesitaban ayuda o acabarían viviendo en la calle, muriéndose de frío los meses de invierno que pronto llegarían. Los padres de Julia habían fallecido un tiempo atrás en un fatídico accidente de tráfico y ella convivía día a día con sus abuelos en un diminuto apartamento situado en uno de los barrios con peor fama de la ciudad. Samuel les prometió sin balbucear que lucharía hasta el final por que nunca tuviesen que atravesar aquel infierno y por que nadie tuviese que imponerles la terrible obligación de abandonar su hogar.

Los meses transcurrieron y transcurrieron, y Samuel no dudó en poner todos sus esfuerzos acumulados en aquel caso. Julia y él habían comenzado a verse muy a menudo fuera de su despacho, y el dinero de la familia de la primera había aumentado ligeramente debido al trabajo como camarera que ella misma había conseguido. Pero, aunque una notable mejoría se había apoderado de la situación, las con-

diciones de aquellas personas continuaban siendo pésimas. Sin embargo, y por mucho que Samuel ofreciese una gran suma de dinero a aquella muchacha para que así todas sus pendientes deudas se esfumasen, ella la rechazaba una y otra vez, insistiendo en que no era correcto apoyarse en aquel acto. Julia sostenía que ellos mismos resurgirían de las cenizas y que buscarían una salida a aquella complicada situación únicamente por sus propios actos, sin recurrir a préstamos o favores. Pero el tiempo corría fugazmente en su contra y los problemas fueron yendo a peor, aumentando en número con cada segundo que pasaba y cada barra de pan que adquirían. La familia de Julia ya se encontraba al límite, y un mero empujón contaría como válido para hacerles imposible la recuperació a semejante caída. Samuel recurrió a todos los medios que estaban a su alcance para evitar que aquella familia perdiese su hogar: discutió con todos y cada uno de los individuos que tuviesen la más mínima posibilidad de alterar el final que desesperadamente trataba de evitar —alguien que pudiese modificar el inevitable destino—, trató de negociar en numerosas ocasiones con el director y con el abogado del banco y acudió a ciertas asociaciones, gracias a las cuales estuvo en todo momento apoyado y aconsejado. Pero, a pesar de su insistencia, nada dio resultado alguno. Las normas habían sido redactadas de aquella manera y ninguno de sus argumentos podría aceptar la realización de un radical giro en ellas. No estaba permitido romper las reglas y aquel que llevase a cabo dicha violación debía pagar por su error.

Julia y su familia habían agotado finalmente el plazo para pagar las cuotas pendientes y se preparaban para perder a manos del banco su apartamento, el mismo que guardaba recuerdos imborrables y que les hacía sentir libres. Ahora, todo había cambiado y nada podía hacerse al respecto. Ellos se mudarían a la enorme mansión de Samuel, quien les había ofrecido un refugio seguro en el que residir. Julia simplemente no podía rehusar dicha propuesta pues era su última opción, su única salvación de la pobreza absoluta. Samuel continuaba entristecido y extremadamente iracundo debido a no haber podido hacer nada respecto a aquel caso, ya que se sentía igual que un perdedor y nada había en el mundo que le doliese más que aquello. Parecía como si la llama que mantenía todas sus esperanzas vivas hubiese dado un último respiro y la oscuridad hubiese invadido su aura.

La mañana llegó con suma premura y el aspecto que reflejaba el tiempo atmosférico complementaba lo que tendría lugar en aquella parte de la localidad. La lluvia había comenzado a caer con fuerza, como si los mismísimos ángeles llorasen aquella pérdida y no pudiesen hacer otra cosa que sentirse apenados. Samuel se encontraba en la vivienda que sus padres le habían dejado como herencia a punto de salir por la puerta de ésta para recoger a su amada, tal y como ambos habían acordado hacer, cuando su teléfono fijo comenzó a sonar sobre la superficie de su escritorio. El primer sonido apenas audible que escuchó al cogerlo y llevárselo con cuidado al oído fueron unos sollozos femeninos que él reconoció a la perfección de inmediato. En las escasas ocasiones que se había repetido aquella escena él sentía como si se le desgarrase la garganta, debido a que nada odiaba y temía más que tener que contemplar cómo alguien por quien daría la vida parecía estar sufriendo lo insufrible.

- —Julia, ¿ocurre algo? —preguntó con una confusión que había entrado en su cuerpo al recibir aquella inesperada llamada, teniendo en cuenta que estarían juntos cara a cara en escasos minutos.
- —Estoy llamando —comenzó diciendo ella, tratando de soltar todas las palabras que tenía guardadas de golpe para evitar, de ese modo, derrumbarse y no ser capaz de dejar tan claro como el agua su discurso— porque quiero que sepas lo mucho que te quiero y lo mucho también que agradezco lo duro que has luchado para que esta situación recibiese un feliz final. Te quiero, Samuel. Lo único que sentía que debía hacer era asegurarme de que lo tuvieses siempre en cuenta.
- —No comprendo lo que tratas de hacerme entender, Julia. ¿De qué estás hablando exactamente? —él continuaba sin encontrar una respuesta lógica que explicase el motivo de aquella conversación, y cuando la inocencia dejase su cuerpo podría por fin unir las piezas del puzzle que le mostrarían la espantosa visión de los futuros hechos.
- —Escucha, por favor. Esto tiene que cambiar. No puede continuar de este modo y, aunque mucha gente haya luchado por ello, todavía nada ha dado resultado. Quiero que puedas perdonarme. Puede que te cueste aceptarlo, y puede que durante semanas, quizá incluso meses, no consigas lograrlo. Pero yo confío en ti, confío en que lo comprenderás y en que no te sentirás culpable. Lo siento, de verdad, lo siento muchísimo —fueron las palabras que se grabarían a fuego en la mente de Samuel para siempre y que nunca podría evitar recordar cada una de las veces que se propusiese descansar.
 - − Julia, por favor −insistió él alzando la voz.

-iMaldita sea! -gritó ella a pleno pulmón, y lo que a continuación percibió Samuel no fue otra cosa que el estruendo que el teléfono móvil de Julia hacía al ser lanzado contra la pared. La llamada se cortó rápidamente debido al golpe y Samuel depositó el aparato en su lugar antes de que su cuerpo le obligase a hacer el mismo gesto que ella.

Él temía que lo que había sucedido tuviese alguna semejanza por minúscula que se tratase con su interpretación del mensaje de su pareja. Samuel apenas podía imaginar lo que se habría desencadenado si su predicción resultaba cierta. Una inmovilidad contagiosa recorría sus articulaciones y él hizo ademán de librarse de ella. No podía quedarse parado ante lo que podría desarrollarse. Debía correr a contrarreloj para evitar a toda costa que se produjese una tragedia imposible jamás de superar. Samuel ni siquiera se tomó la molestia de cerrar en condiciones el portón de su vivienda y lo que seguidamente hizo fue comenzar a activar sus piernas y echarse una agotadora carrera por aquellas tumultuosas avenidas hacia la vivienda de su amada, haciendo un enorme esfuerzo para que las lágrimas no comenzasen a descender por sus rosadas mejillas y se uniesen a las gotas que caían del grisáceo cielo y que habían empapado por completo sus ropajes.

El primer miembro de la familia de Julia que el cuerpo de policía encontró, una vez tuvo acceso al interior de aquel piso, fue la anciana mujer con la que Samuel había incontrolablemente reído y a la que Julia tanto había querido y admirado. La acción que ésta había realizado para darle un último, desesperado y, sobre todo, amargo adiós al mundo que tantas preocupaciones le había traído aquellos finales años había sido la

menos dolorosa posible de la incalculable enumeración existente. Samuel, sin que ella pudiese jamás confirmárselo, sabía que aquello no había sido idea de otra persona que de Julia. Ella tenía un gran aprecio por la figura de su abuela y nunca hubiese deseado que ésta tuviese que sufrir todavía más de lo que ya lo había hecho en su despedida. Aquella mujer había vivido ochenta y siete otoños sobre la faz de la Tierra, había sobrevivido a una destructora guerra civil y a cualquier otro problema que se hubiese atrevido a presentarse en mitad de su camino. En cambio, en aquellos momentos ella se encontraba pacíficamente recostada sobre el sofá en pésimo estado de la vivienda que querían arrebatarle de las manos, con ambos ojos cerrados y un gran número de pastillas de todos los colores y tamaños derramadas aleatoriamente por su regazo. Los abusos que recorrían aquel país habían cometido aquel duro crimen, y Samuel estuvo a punto de vomitar ante la visión. Nunca podría olvidar la escena que tenía ante ambos ojos y, si no hubiese sentido tantas emociones al mismo tiempo, podría haber incluso llegado a creer que todo aquello era irreal y que afortunadamente se trataba de una pesadilla. Pero él estaba despierto, y lo cierto era que la peor pesadilla que jamás podría haber tenido había encontrado un modo de perseguirle aun encontrándose consciente.

El marido de aquella mujer fue encontrado instantes después en la sala contigua —la desastrosa cocina— con un afilado instrumento utilizado por tantos maestros de la gastronomía incrustado en el estómago y un fino chorro de rojiza sangre todavía brotando del profundo corte. Samuel se acercó a aquel anciano y entonces pudo observar que sobre la superficie de la mesa descansaba el periódico del día, y supo que no

era coincidencia alguna que éste justamente se encontrase abierto por una página en la que la inmensa cifra que abarcaba a todas las familias que habían debido entregar su vivienda destacaba con grandes números.

Samuel podía deducir que debía esperar a que los agentes de policía que le acompañaban hiciesen su trabajo al igual que habían sido enseñados, pero no pudo evitarlo y, antes de que aquellos funcionarios lo hiciesen, él se dirigió hacia el final del pasillo, cuya puerta más alejada daba a la habitación de Julia. Samuel vaciló unos segundos antes de entrar y, previamente a girar el pomo, tuvo la necesidad de limpiarse las lágrimas que habían comenzado a resbalar por su rostro con el reverso de la mano izquierda. Él sabía con certeza y había ya previsto lo que iba a encontrarse tras aquella puerta de madera, pero el dolor que sintió al contemplar la escena que allí se le presentó fue mucho mayor de lo que jamás hubiese llegado incluso a imaginar. Presenciar algo como aquello no sólo cambiaría su actitud como persona para siempre, sino que, desde aquella misma mañana, su vida tomaría un enorme giro y jamás regresaría a cómo en un pasado había transcurrido.

Sí, Julia estaba allí. Ella estaba allí tan bella como de costumbre, con su precioso vestido de color blanco balanceándose con la suave brisa que entraba por la abierta ventana y con los pies —cuyas uñas estaban vagamente coloreadas de un tono verdoso— suspendidos a gran altura del frío suelo de mármol. Samuel contempló lo vulnerable que lucía su amada adornada con aquel grueso colgante y no pudo evitar desplomarse en el suelo, estirando la mano para sentir el tacto de la cálida piel de aquella joven por última vez.

Julia había sido la última en irse, y Samuel pensó en cómo cuando ambos habían mantenido aquella breve conversación telefónica ella ya había contemplado a sus seres más cercanos quitarse sus propias vidas. Él no conseguía comprender del todo bien cómo había sido capaz de realizar algo como aquello sin antes echarse a sollozar y no dejar de hacerlo jamás. La valentía que había demostrado no dejaba de recorrer la mente de su pareja y, aunque él no coincidía en que aquella había sido una solución aceptable, era demasiado tarde como para tratar de regresar y hacerle cambiar de opinión. Era cierto que realmente había más soluciones. Investigando sobre aquel tema, Samuel se había dado cuenta de lo importante que resultaba que los consumidores se uniesen para la defensa de sus derechos. Ni una sola persona podría ser nunca jamás capaz de cambiar el mundo por su cuenta, sin contar con un apoyo. Julia había decidido arreglar los problemas de otra muy distinta manera, y Samuel no podía dejar de pensar en lo que podría haber hecho para evitar la ejecución de aquellos suicidios.

El significativo mensaje que aquella desgraciada familia había querido trasmitir había sido dejado bien claro hasta para el más corto de inteligencia. Las tres personas cuyos cuerpos Samuel contempló siendo envueltos en sábanas habían pagado el precio con sus propias vidas, pero habían fallecido tranquilos en su hogar, antes de que nadie hubiese podido llamar a su puerta y haberles hecho salir por última vez por ella, arrebatándoles su vivienda y dejándoles prácticamente desnudos, expuestos a la cruel sociedad. El único deseo que ellos habían apoyado era vivir hasta el final en aquel piso, y realmente lo habían logrado. Habían, en otras palabras, jugado en contra del sistema.

Su principal temor, al contrario, había sido que lo sucedido aquel día pasase a la historia, que resultase inadvertido. Ellos deseaban que sus actos atrajesen la atención del público, de los ciudadanos de aquel país, y que no fuesen únicamente comentados entre amigos una tarde y olvidados con la llegada del siguiente alba. Habían concedido sus inocentes almas a aquella importante causa y estaban decididos a provocar polémica. Pero, tratándose de la banca que rulaba dicho gobierno, aquellos no resultaron más que gritos al aterrador vacío por inaceptable que sonase. Es cierto que si las personas giran su cabeza y pretenden no haber visto nada de lo sucedido, que si lo que arrebata viviendas a cientos de familias cada día no ocurre cerca de ellos, esto entonces no ocurre y no hay por qué siquiera discutirlo. Mentirse a uno mismo acerca de un asunto semejante es sencillo, pero todavía lo es más aún creerse y tragarse dicha sucia mentira. Es jodidamente sencillo, ¿no lo es?

Deshipotecado es la historia de un hombre que está en medio de la calle, sentado en un sofá bajo el sol del mediodía. Se ha quedado sin nada. Perdió su trabajo por culpa de la crisis inmobiliaria y, pese a sus intensas negociaciones con el banco, se ha quedado también sin vivienda, que, en ese momento, mientras él espera en mitad de la acera, está a punto de ser embargada. Sin embargo, hay un giro sorprendente, fruto de la solidaridad. Y él mismo decide que, desde ese momento, luchará "por ser un hombre nuevo y estar... desinfectado. Desparasitado. Deshipotecado."



DESHIPOTECADO

Por Rafael Tabares Ruíz (El Moro)

robablemente, alguna vez os hayáis parado a contemplar el cielo y admirar las curiosas formas de las nubes. Pero es más difícil que lo hayáis hecho a una hora de esas que la gente denomina intempestivas. Me refiero a eso de las 10 o las 11 de la mañana, cuando la mayor parte del personal está trabajando o, en el caso de ser funcionario, almorzando un pinchazo de tortilla de patatas con un café calentito. Quizás sea mucho presumir de mi dicha incomparable, pero disfrutar de la contemplación es lo que estoy haciendo en este preciso instante. Me siento un ser afortunado. Algún excéntrico habrá que me pueda emular, pero os lo voy a poner más difícil. Más aún: ¿apuesto a que no habrá nadie en este momento que esté disfrutando del cielo azul sentado en un sofá espantoso en plena acera de una calle peatonal? Bueno, es que uno tiene uno de esos privilegios con los que el destino ha premiado su buen comportamiento vital. Y en este instante de paz interior, me entran ganas de contaros alguna historia que me toca de cerca.

Mi nombre es Manuel González Carmona. No es que suene muy bien ni el rancio abolengo asome cuando se pronuncia. Pero esto es lo que hay cuando la ascendencia portuguesa y granadina corre por las venas. Aunque lo que les voy a narrar no tiene nada que ver con mis apelativos. Bueno, en realidad sí. Porque si, por una casualidad, mi nombre incorporase un y o un de junto a un nombre con más enjundia, creo que los derroteros de mi vida habrían cambiado. Un Íñigo de González y Carmona viste mucho más. Así que las conjunciones y las preposiciones son importantes y no hay que despreciarlas. Lo he comprobado además cuando hay que leer documentos que obligan a los que firman. ¿Quién de vosotros no habrá firmado un contrato de trabajo o las condiciones de una cuenta bancaria? Yo además tengo la experiencia sublime de haber puesto mi rúbrica en una escritura de compraventa y un préstamo hipotecario. Esos papelajos están llenos de esas insignificantes partículas, que luego acaban fastidiándote la vida. Aunque de todo ello os contaré más tarde, no vaya a ser que el lector se distraiga con lo adyacente y no se entere del meollo de mi historia.

Como os decía, me llamo Manuel, *Manu* para los amigos. Mi profesión es la albañilería, a la que me dediqué desde los dieciséis, pues pronto dejé de estudiar. En el gremio, me conocían como *el alicatador*. Pero yo, alicatar lo que es alicatar, lo justo. En realidad, el mote me cayó en el Instituto, cuando triunfaba con las chicas y muchas de ellas acababan retozando con el que suscribe en los servicios. Y como lo de la cópula de pie no se me daba mal, de ahí el sobrenombre...

Como dije, soy albañil. Bueno, más bien era, porque hace tiempo que he dejado de ejercer tan noble oficio. Ahora ya no se hacen tantos pisos ni chalés y el tajo escasea. Así que me dedico a lo que sale. O mejor dicho, a lo que encuentro. Desde reponedor de supermercado a repartidor de propaganda, pasando por limpiar cristales, descargar camiones, cuidar

algún pobre anciano o hacer alguna *chapucilla* a domicilio. En general, trabajos muy precarios y mal pagados, y a veces *en negro*. En los últimos dos años no he estado trabajando en la misma empresa más de una semana. Soy una persona muy polivalente y mi empleabilidad es manifiesta. Supongo que los gobernantes estarán contentos, pues mi capacidad de adaptación al medio es manifiesta. Si se me permite el símil futbolístico, yo mismo me considero un *depredador del área laboral*. Pero lo cierto es que a duras penas llego a fin de mes y que mi vida se ha convertido en una guerra sin cuartel para llegar con algún euro líquido al fin del mes de turno.

Me casé joven. Juana, mi querida esposa, me conquistó siendo casi un barbilampiño. Y el amor precoz ya sabéis que tiene sus particularidades. Nuestros dos hijos vinieron casi seguidos, cuando apenas sobrepasábamos los veinticinco años. No crea el lector que soy un descerebrado ajeno a la paternidad responsable. Pero mi Juana es mucha mujer y yo un tipo muy pasional. Así que hubo que ponerse en la actitud adecuada para que nuestra prole no acabase convirtiéndose en rebaño. Lo cierto es que durante más de diez años vivimos felices con nuestros dos vástagos en un pequeño pisito de alquiler no muy alejado del centro. Nada del otro mundo, quiero decir: 35 metros cuadrados, quinto sin ascensor, sin calefacción central y con alguna que otra lúgubre mancha de humedad. Pero supimos apañarnos, porque para vivir felices no se necesita tanto como la gente cree.

Hace cinco años, nació nuestra hija Desiré. Por fin llegó la tan ansiada niñita. Tanta testosterona en el ambiente familiar nos iba a matar y aquello fue una bendición. Fue la época más feliz de mi vida. Por aquel entonces, yo trabajaba más o menos

con asiduidad en una empresa dedicada a la tabiquería. No paraba. A todas horas nos salían obras. Incluso mi mujer estuvo trabajando una buena temporada como personal de limpieza de una urbanización. Así que no nos iba mal, o al menos así lo creía yo. Estábamos prosperando, como se dice ahora. Poco a poco nos dimos cuenta que la vivienda que teníamos alquilada se nos quedaba extremadamente pequeña. Nuestros hijos mayores habían crecido mucho y eran todo extremidades. Nos íbamos percatando de que tendríamos que localizar algún lugar para vivir de mayores dimensiones. Tras meses de búsqueda, apareció nuestra oportunidad. Se nos ofreció la compra de un tercero sin mucha luz, pero con casi 75 metros cuadrados. El piso no era un palacete precisamente, pero al menos podríamos disponer de dos dormitorios para la descendencia. Además, su propietaria, una anciana de una amabilidad extrema y con claros síntomas de querer visitar prontamente el otro barrio, deseaba deshacerse del inmueble con rapidez. El precio se estableció finalmente en 149.000 euros, gracias a la generosa participación del hijo, que porfió −y de qué manera− para que la vieja no rebajase un duro. Estoy seguro de que por ella el precio hubiera sido otro, pero todos sabemos cómo florece el amor filiomaterno cuando se divisan las herencias. A él también se debió que tuviésemos que aportar 10.000 euros en negro, asegurando que esto era lo habitual en estos casos y que casi nos hacía un favor al pedirnos tan poco. Un crac de los negocios, claro está.

No disponíamos de muchos ahorros ni familia a la que sangrar. Así que el dinero en B lo aportamos como pudimos sacándolo de los sitios más inverosímiles. Nunca destaqué en originalidad, así que para conseguir lo que nos faltaba hicimos

como la mayoría de los mortales y acudimos a varios bancos a pedir financiación. Todos fueron muy amables, y alguno nos ofreció hasta el 120% del valor de tasación de la casa. Un dineral por aquel entonces, y por ahora también, que los tiempos no han cambiado tanto. Nunca olvidaré a aquel tipo bien vestido del banco que no dejaba de repetirnos que aquello era una inversión de futuro... Al final, conseguimos una hipoteca de 160.000 euros y la *letra* se nos fijó en ¡632 *euretes* mensuales para los próximos 35 años! "Acabaré de pagarla cuando lleve garrota", pensé. Presenté mis últimas cuatro nóminas, que previamente falseé un poco para engordarlas, y no hubo mucho problema para conseguir la condescendencia del banco. Saludos, estrechamiento de manos, firmas, un cheque que sólo estuvo en mi mano dos minutos y a funcionar. O, lo que es lo mismo, a pagar religiosamente mes tras mes.

Tras los trámites de compra, nos trasladamos al inmueble. No era gran cosa, desde luego, pero aquel lugar nos daba un poco más de dignidad o, por lo menos, íbamos a vivir menos apretujados, lo cual siempre es de agradecer. El piso estaba situado en la calle denominada *Esencia Castellana*, algo de lo que siempre nos reíamos, puesto que los niños en el colegio, presumiendo de opulencia y abolengo, comentaban a los compañeros y profesores que ellos vivían en *La Castellana*, lo que dejaban boquiabierto al más pintado hasta que descubrían el juego de palabras.

Un año más tarde comenzaron los problemas. No os voy a contar el rollo de la crisis, que seguro que os lo sabéis. Es curioso que ahora todo el mundo conozca las causas de la ínclita cuestión inmobiliaria y que antes nadie se diera cuenta. Es lo de la percepción selectiva, me dicen. Pero lo cierto es que el trabajo en la construcción comenzó a escasear y acabé engrosando las listas del paro. La cosa nunca volvió a remontar, así que tras dos años de locura buscando *curro*, empecé a recibir un subsidio mínimo que sólo nos permitía sobrevivir de mala manera. Y, claro está, el tema empezó a oscurecerse. O pagábamos hipoteca o no comíamos. Aunque yo siempre lo tuve muy claro. Porque las personas siempre deben ser la primera consideración, incluso por encima de las cláusulas y legalismos. ¿O es que mis hijos no tienen los mismos derechos que los demás a ser alimentados o vestidos, o a ir un día al cine de vez en cuando?

Fui a negociar con el banco y les conté mi situación con pelos y señales. Aquel día conocí al nuevo director de la sucursal, un tipo con cara de haber ingerido toda una caja de pastillas contra el estreñimiento. Pronto le sufrí en mis carnes. Es en las situaciones difíciles donde la gente saca a relucir su verdadera talla moral. Y estos banqueros, la verdad es que la tienen por los suelos. Llegué a la conclusión de que estaban en el baño el día que Dios repartió la misericordia.

Rápidamente vislumbré que el banco no quería negociar. O, por lo menos, no era su verdadera voluntad. Yo quería tiempo y les pedí que al menos me dejaran seis meses sin pagar la letra. Necesitábamos tiempo para reorganizarnos. Juana había sufrido un proceso de depresión por toda aquella situación, y parecía que ahora empezaba a remontar. Entre los dos seguro que encontraríamos algún trabajo con lo que acallar a esos rufianes.

Pero ellos se negaron de plano. Con la excusa del *yo no* puedo hacer nada o aquello de son las nuevas directrices tras la fusión, se me cerraban las puertas una y otra vez. Me ofrecie-

ron pactar un período que ellos llamaban de carencia de capital para pagar sólo la parte de los intereses de la cuota hipotecaria. Pero aun así los intereses que se me exigían eran muy altos. *Es el método francés de cuotas constantes*, me decían cuando iba a la oficina a reclamar las *bírricas* cantidades que aportábamos en cada cuota para amortizar el capital frente a lo que pagábamos de intereses. "A mí como si es el método austrohúngaro", me decía yo. Es injusto y punto. Pagar los intereses nos apretaba aún demasiado.

A partir de ahí, un sinfín de discusiones y desacuerdos. Tras muchas deliberaciones conyugales, les planteé entregarles la casa y eliminar la deuda. Era evidente que perderíamos todo lo que habíamos amortizado aquellos años de penuria y estrecheces, pero nos quitaríamos el *muerto* de encima. Nos iríamos a vivir a Granada con los padres de Juana. Una humilación para mi orgullo, y para mis oídos, pues el padre de Juana se negaba a ponerse audífonos porque decía que eran carísimos y vociferaba como si estuviera en una manifestación cada vez que hablaba.

Me pusieron mil y una dificultades a la dación. Primero, que si esa posibilidad de resarcir la deuda no estaba contemplada en la escritura de préstamo. Más tarde, que si la casa no reunía los requisitos para la acogerse a la dación. Eran como un frontón. Yo les intentaba convencer con mi lógica más sencilla, la de la gente humilde que no le da tantas vueltas a cosas. "Todo se puede devolver... ¿Por qué no una casa... si además no os voy a pedir que me devolváis el dinero", les insistía con desesperación.

Finalmente, el banco nos anunció que efectuaría la *ejecución hipotecaria*. El que pone estos nombres de nuevo acertó de pleno. Porque es verdad que me van a ejecutar, no quitándome la vida, pero sí quitándome algo que me es necesario para vivir: ¡mi casa! Además, es probable que lo que obtengan por la casa en la subasta sea inferior a lo que debemos aún al banco. O sea, que además de perder la casa, nos seguirán estrujando. Esta es la justicia de este país. Pero yo ya estoy cansado de pelear. Al fin y al cabo, la bendita vivienda es algo sólo material y yo ya estaba perdiendo la salud y el amor de los míos, que siempre he creído que es lo más importante. ¡Que les den! Que vengan y se la queden, pero que todo el mundo vea el numerito y que salga en la tele. Estas cosas no les gusta nada que se hagan públicas así que sería la última forma de fastidiarles.

Hoy es un día especial. Es el día de lo que llaman el *lanzamiento*. De nuevo, habría que homenajear a quien acuñó el término. Hasta hace bien poco, yo creían que las cosas se lanzaban a la basura, o que se lanzaban las faltas en el balompié. La palabrita lleva carga despectivas. Así que lo de lanzar a las personas no puede ser nada bueno. Claro que no, porque a las personas se las quieren o se las maltrata y esto de lanzar tiene mucho que ver con convertir a la gente en algo desechable. Sí, hoy me echan de mi casa. Por mal pagador, por moroso o por mal negociador, aquí estoy. Sentado en un sofá, en plena calle, observando cómo mis amigos están sacando a la calle los muebles, enseres, pertenencias o cualquier cosa de valor que puedan rescatar de lo que ha sido mi hogar en los últimos tiempos.

El sofá ha sido lo primero que han bajado, lo que he agradecido mucho porque la cosa parece que va a ir para largo. Es lo que tiene la falta de ascensor. A las 12 me han dicho que

vienen el agente judicial, el cerrajero, el abogado del banco, la policía municipal, los antidisturbios y hasta la madre que los parió. En definitiva, todo un público selecto para tan bochornoso y degradante espectáculo. Mi familia ha vuelto a Granada con los padres de Juana y así ellos no disfrutarán del evento. Yo me he quedado hasta el final, como un capitán de barco dispuesto a naufragar inexorablemente. Cuando todo acabe esta mañana, cogeré el autobús para reunirme con los míos. Es lo único que me apetece.

Llevo dos horas sentado en este sofá, que, por cierto, visto de cerca y a la luz del día es realmente horrible. Casi que lo podían haber dejado arriba. Pero todo este tiempo aquí sentado me está sirviendo para reflexionar. Han sido unos meses muy difíciles. Desde que empezamos a no pagar las cuotas toda nuestra vida ha girado en torno a la vivienda. Mi casa, mi vida, mi familia, han estado hipotecadas. Incluso hemos descuidado nuestro *buen rollo* familiar, el estar con los amigos, el ver la tele juntos, etc. El mal ambiente se apoderó de los nuestros y últimamente la presión del banco había podido con nosotros.

Pero la vida nunca dejará de sorprendernos con sus giros y vaivenes constantes. Sentado en el sofá, y viendo cómo mis amigos sudaban la gota gorda, la abogada me ha venido a ver a primera hora. La cantidad de malos tragos que habrá tenido que presenciar esta mujer. Así está, en el chasis. Esta chica sí que vive su profesión y ha sido un ejemplo para mí. Si a lo que te dedicas no lo haces con espíritu de servicio, vas perdido, y esta mujer en ese tema lo borda. Su semblante era de satisfacción. Según ella, se ha abierto una posibilidad a negociar la dación. La cosa se había acordado *in extremis*, al pare-

cer porque al final el banco se estaba planteando no considerar avalistas solventes a mis *viejos*. Y yo me pregunto: ¿Pero cómo va ser mi madre avalista solvente de mis aprietos económicos, con su ridícula pensión de viudedad y con las deudas y *chanchullos* que dejó mi padre cuando falleció hace dos años? Y siempre considerando mi buena fe. Hace falta ser falsos para pedir buena fe a los demás sin uno tenerla.

La abogada me dice que tengo media hora para darle una respuesta y poder parar toda esta feria. Lo he estado pensado bien todo el rato que llevo sentado y, pese a mi desánimo, he decidido seguir luchando. Voy a hacer caso a la letrada, aunque sólo sea por los míos y por toda la gente que nos ha apoyado estos últimos meses. Recuerdo que Juana empezó a ir a unas concentraciones con una gente que llevaba una camiseta verde y que gritaba consignas en favor de los afectados por las hipotecas. Aunque yo nunca estuve con ellos, esa gente me ha dado mucho ánimo. Es bueno ver a otros luchar por lo que no les toca de primera mano. Superar la indiferencia y sentir el dolor de los demás como propio es algo que me ha hecho pensar. No me puedo rendir ahora, sobre todo por lo que muchos han hecho por mí y por mi familia. Así que lucharé por ser un hombre nuevo y estar... desinfectado. Desparasitado. Deshipotecado.

Lo peor de todo es que mis amigos van a tener que subir de nuevo el ínclito sofá. Y por los chorretones que traía el personal cuando lo bajaron, pesa una tonelada. Espero que no se enfaden conmigo, aunque supongo que todo se arreglará invitándoles a unas cañas. Al fin y al cabo, lo más bonito de la vida es poder ayudar a los demás sin esperar nada a cambio.

Rebeldes con causa es la historia de un anciano matrimonio acosado por el "BANCO", un ente en que siempre piensan así, con todas las mayúsculas, como de pequeños pensaban en el "COCO". Hartos de recibir cartas intimidatorias, y tras descubrir que finalmente pueden quedarse sin casa por culpa de cláusulas escritas en "letra subatómica", deciden tomar medidas. Movilizarse. Enfrentarse a la injusticia y convocar una protesta de ciudadanos que, apoyándose en sus bastones, en sus andadores y hasta en sus sillas de ruedas, se convierten en rebeldes con causa. Todos unidos, avanzan, implacables, hacia las oficinas del BEPMI, el Banco Español de Patrimonio Monetario e Inmobiliario, al que ellos prefieren llamar Bastardos Exprimidores de Personas Mayores e Indefensas.



REBELDES CON CAUSA

Por José Martínez Moreno (Joseph M. Brown)

Bernabé entró en el portal de su finca empujando su andador, ese maldito cacharro que le hacía sentirse como si fuera un juguete de hojalata que funcionara dándole cuerda. Se preguntaba si algún día, cuando se le acabara la cuerda, alguien lo encontraría muerto de pie, apoyado en él. Sacó el llavero de uno de sus bolsillos y buscó la pequeña llave que correspondía al buzón. Sus manos artríticas tardaron un poco en acertar a introducirla en la cerradura, pero al final lo consiguió. Dentro se encontró lo de siempre: propaganda de un restaurante chino, de un restaurante hindú, del gimnasio de la calle... y una carta. La idea de apuntarse a un gimnasio le había hecho sonreír, pero la sonrisa se le borró de la cara en cuanto comprobó que la carta la enviaba el banco.

El BANCO... Bernabé era incapaz de pensar en él en letras minúsculas. Aquella palabra en esa etapa de su vida —esa senectud no elegida—, le recordaba como cuando de pequeño escuchaba hablar del COCO. Algo que daba tanto miedo que no se imaginaba otra manera de escribirlo que no fuera en mayúsculas, como si únicamente así pudiera expresar el terror que le infundía.

Cogió la carta con manos temblorosas. Aquel sobre le daba más miedo que el anónimo de un psicópata, pues lo que traía en su interior no sería con toda seguridad una invitación al baile de fin de año. La guardó en un bolsillo y entró en el ascensor. Necesitaba llegar a casa para abrirla, necesitaba que Aurora le diera fuerzas para leerla. Suspiró mientras se elevaba hacia su piso. Llegó a él, salió del ascensor y nada más abrir la puerta de casa su mujer lo recibió con una pequeña manta desplegada en las manos que le echó enseguida por encima. Parecía un torero recibiendo con un capote al toro recién salido de los toriles.

- —¡Quítame esta manta de encima, mujer! —refunfuñó Bernabé intentando apartarse la manta que parecía pegarse a él como si ambos fueran las dos partes de un cierre de velcro.
- —Calla, viejo bobo —insistió ella, recolocándosela—. Estamos en invierno y hace frío. Tú vienes de la calle en mangas de camisa y medio congelado. Te haces el machito, pero luego te constipas a la primera y vas por ahí estornudando y dejándolo todo perdido de mocos. Me recuerdas a cuando tuvimos aquel San Bernardo de recién casados y nos llenaba el piso de babas.

El anciano murmuró algo poco agradable sobre la madre de su mujer, que hacía años que criaba malvas, y finalmente se dio por vencido. Habría sido más fácil saltar una valla de dos metros agarrado al andador que convencer a su mujer de que lo dejara en paz.

- -¿Qué traes ahí? -preguntó la anciana mirando la carta que su marido extraía del bolsillo ¿Es...?
- Sí, es otra carta de esos malditos chupasangre del banco.
 Voy a abrirla y a ver qué más nos piden ahora. Tal vez un

riñón o un pulmón. O puede que un corazón; seguro que de eso no tienen.

Desgarró el sobre con la pericia que daba el haber roto montones de ellos a lo largo de toda una vida y extrajo el temido folio, plegado como un pequeño acordeón de papel. Juntos lo leyeron y juntos, exclamaron a dúo, como unos Pimpinela con arrugas:

-¡Dios mío!

Bernabé dejó caer la carta al suelo, que produjo un sonido como de batir de alas de pájaro. Tal vez de cuervo o alguna otra ave de mal agüero, en consonancia con las noticias que traía.

- —¿Pero es que estos cabrones no van a dejar nunca de jodernos? —preguntó en voz alta y gesticulando tan irritado que la manta sobre sus hombros se ladeó en precario equilibrio. Suerte que allí estaba Aurora para ponerla en su sitio.
- No voy a tolerar ese lenguaje delante de mí, jovencito le recriminó con un dedo acusador.
- -Está bien, lo diré más suave -contestó Bernabé-. ¿Pero es que estas bellísimas personas no van a dejar nunca de darnos alegrías? ¿Te parece mejor así?
- Lo que me parece es que como te sigas burlando te pongo otra manta por encima —amenazó ella.
 - -Tú quieres convertirme en un top-manta, ¿verdad?

Se miraron a los ojos, hubo un segundo de silencio y luego ambos soltaron una carcajada. A pesar de todas las dificultades, a pesar de las pésimas noticias, a pesar de todos los problemas de los últimos tiempos y a pesar de esa espantosa carta que amenazaba con el desahucio, el humor

era algo que no habían conseguido arrancarles. No lo conseguirían ni todas las cartas amenazadoras de todos los bancos del mundo.

Aurora se agachó a recoger la carta y, al hacerlo, su cadera emitió un sonoro y hueco *cloc* que alarmó a Bernabé, que ya pensaba que se iba a desplomar junto a la misiva, pero su mujer se enderezó sin mayores problemas. Sujetaba el papel con rabia y gesto desafiante a la vez.

- —O sea, que ahora nos dicen que si no pagamos antes de dos meses todo lo que debemos, nos tiran a la calle. Y todo por culpa de aquella endemoniada cláusula. ¡Maldito sea el momento en el que no leímos la letra pequeña! —exclamó ofendida como pocas veces y recordando cómo habían creído al director cuando les decía que aquella cláusula era algo "sin importancia".
- —Es que aquello no era letra pequeña, era letra subatómica, no había Dios que lo leyera —dijo Bernabé con cara de fastidio—. Esos cabr... digo, esas bellísimas personas nos la metieron doblada y en tamaño familiar.

De pronto se puso serio, cogió las manos de su mujer con cariño y la miró a los ojos.

- —¿Cómo vamos a solucionar esto, morena? —toda la vida la había llamado así, desde que se conocieron, aunque ahora su cabello tenía tanto de moreno como ella de jovenzuela.
- —No lo sé, pero esto no puede continuar así —respondió Aurora con las mejillas rojas de indignación—. ¿Hasta cuándo vamos a permitir que sigan tirando gente a la calle?

Entonces se quedó callada unos instantes. Bernabé casi podía escuchar los engranajes de su cerebro dando vueltas.

- —¿Y por qué no nos unimos todos, nos plantamos ante esa puñetera casa de usura y exigimos que no nos echen de nuestras casas? —dijo ella de pronto.
- —Como utopía es de las más bonitas que he escuchado respondió Bernabé antes de soltar un estornudo que habría matado a un caballo.
- —¡Halaaaaa! ¿Serás animal? —dijo Aurora escandalizada—. A este paso no hace falta que nos eche nadie, tú solito vas a tirar la casa abajo. Bueno, ¿qué me dices de mi idea? ¿Crees que podríamos conseguir que todos los abuelos y el resto de la gente que estamos igual nos unamos para luchar contra esas "bellísimas personas" que dices tú?
- —Pues la verdad es que no lo sé —respondió rascándose la barbilla pensativo—. Yo tengo ochenta y cuatro años, llevo pañales desde hace cuatro y me apoyo en un cacharro metálico para andar como si fuera un bebé. No me veo precisamente como un líder enérgico. En cambio tú estás bastante mejor que yo aunque sólo tengas dos años menos. A lo mejor tú sí que puedes hacer que te sigan. Yo te he seguido siempre desde que éramos jóvenes, claro que a mí me gustaba tu culo— dijo guiñándole un ojo.

Aquellas palabras de su marido —las del culo no, las otras— hicieron brotar una idea, un plan, en la cabeza de Aurora. Se lo explicó con detalle y a él pareció agradarle ya que sonrió de oreja a oreja, aunque también pudiera ser que estuviera colocándose bien la dentadura.

De modo que Aurora, ayudada por su querido Bernabé, llevó a cabo su plan, que no fue otro que repartir pasquines por todo el barrio instando a sus vecinos —ancianos en su gran mayoría— a reunirse en su calle cierto miércoles a las

diez de la mañana. El asunto: una reunión para tratar el tema de los desahucios y en la que pensaba exponer su idea de unirse para luchar todos contra el banco. La reunión, que tuvo casi rango de mitin político, fue un éxito y la revolucionaria idea de Aurora fue recibida con entusiasmo y energía impropia de gentes de esa edad. Tal impacto causó su arenga que en ese mismo instante acordaron presentarse en el banco y exigir una solución.

Un tropel de andadores y bastones de toda clase, e incluso alguna silla de ruedas, se puso en marcha con la rapidez de un paso de la Semana Santa. Un pequeño ejército de personas portando dentaduras postizas, sonotones y prótesis de cadera y otras partes del cuerpo avanzaba hacia el banco como una horda de zombis octogenarios. Algunos dirían más tarde que sintieron a su lado la presencia en espíritu de sus cónyuges ya fallecidos, soliviantados incluso después de muertos.

Media hora larga después (siempre a paso *abuelínico*) se encontraban ante la sucursal bancaria. El banco en cuestión era el BEPMI, Banco Español de Patrimonio Monetario e Inmobiliario, aunque esas siglas eran más conocidas entre la mayoria de sus ancianos clientes como "Bastardos Exprimidores de Personas Mayores e Indefensas". Sin duda, era un banco muy querido.

Se plantaron ante la puerta de cristal y comenzaron a aporrearla con ímpetu, gritando que era una vergüenza lo que hacían, que no había derecho a que les hicieran estar pasando tantas apreturas, y exigiendo con vehemencia que saliera el director. Los empleados miraban desde dentro con cara entre el estupor, la incredulidad y el miedo. Alguno incluso buscaba cámaras ocultas, pensando que aquello era una broma.

Al cabo de unos minutos de griterío alguien hizo ademán de ir a salir del banco y se hizo el silencio de golpe. Un hombre orondo como el muñeco de Michelín, calvo y paticorto asomó por la puerta muy despacio. Tenía la cara redonda y plana como una antena parabólica y en medio de dicha antena un enorme e hirsuto bigote, peludo como la cola de un setter irlandés, que le dividía el rostro en dos semicírculos casi perfectos. Sudaba como un mentiroso en una sauna y sus ojillos pardos se movían ansiosos de una cara furibunda a otra.

—Soy Esteban Quero Rico, director de esta oficina —se presentó con voz chillona y desagradable que hacía pensar en una tetera parlante—, y les aseguro que nosotros también lo estamos pasando mal. Como banco estamos en números rojos, y lo mismo se puede decir de los que trabajamos aquí dentro. Somos casi tan pobres como ustedes.

A continuación sacó distraídamente un manojo de billetes sueltos de un bolsillo de su traje de seis mil euros y se enjugó con ellos el sudor de la frente. Los billetes volvieron de nuevo al bolsillo en un visto y no visto. Más que un banquero, el tipo parecía un mago.

Los allí presentes comenzaron a increparle y el hombre incrementó su sudoración de nuevo. Parecía un cubito de hielo humano derritiéndose y de las puntas de sus bigotes pendían sendas brillantes gotas de sudor, como bolas de un árbol de Navidad. El hombre pidió calma con sus regordetas manos cuyos gruesos dedos parecían gusanos atiborrados de comida.

Mi antecesor en el puesto, el señor Enrique Cimiento
 Mayor, ya me advirtió, desde su estancia en un paraíso fis...
 digo desde su humilde pisito, que podría tener problemas

con este asunto, aunque nunca pensé que la cosa llegaría tan lejos —admitió preocupado.

La gente seguía increpándole cada vez con más intensidad y Aurora y Bernabé pensaron al verlos que si hubieran tenido antorchas, habrían hecho una hoguera y lo habrían quemado allí mismo, empezando por su sudoroso bigote.

El banquero, cada vez más preocupado, intentó retroceder para acceder de nuevo al interior del banco y refugiarse en la seguridad de sus cuatro paredes del acoso de aquella turba enardecida, pero los abueletes se dieron cuenta de su maniobra y en un santiamén crearon una barricada de andadores que imposibilitaba el acceso a la entidad.

Aquello hizo que los niveles de preocupación del señor Esteban Quero crecieran hasta adquirir tintes épicos, aunque no tanto como sus niveles de sudoración, que excedían cualquier cosa vista hasta entonces en un ser humano. Parecía un géiser con traje y corbata.

Todas las arrugadas caras de los vecinos apuntaban hacia él, como girasoles adorando al sol. Las miradas de aquel montón de ojos —tan iracundas que hasta traspasaban sus cataratas—, junto a los gritos, improperios y amenazas, resquebrajaron la voluntad de aquella bellísima persona que apenas tenía para vivir e hicieron que accediera finalmente a sus peticiones.

De modo que consiguieron que todas las hipotecas fueron revisadas y toda cláusula abusiva y/o engañosa fue eliminada, permitiendo de esta manera que todo aquel vecino que estaba bajo la amenaza de un injusto desahucio respirara tranquilo, incluso aquellos que necesitaban bombonas de oxígeno para hacerlo.

REBELDES CON CAUSA

El señor Esteban Quero Rico fue despedido como director del banco después de aquello y se marchó con su exiguo finiquito de crucero por todo el mundo. Según dicen, aquel día aciago para él de la rebelión de la tercera edad llegó a perder seis kilos, equivalentes a otros tantos litros de sudor.

Los vecinos decidieron erigir un monumento —justo enfrente de la sucursal bancaria — para agradecer a Bernabé y Aurora que les hubieran empujado a luchar contra aquella tiranía bancaria. Todo aquel que lo desee puede acercarse hasta allí para contemplarlo. A sus pies hay una placa metálica dorada en la cual se puede leer:

"En agradecimiento a nuestros queridos vecinos Bernabé y Aurora. Unos rebeldes con causa".

Historias anónimas sobre los abusos de la banca

#RelatosCríticos



Enmarcado en su proyecto "Claves para evitar una burbuja inmobiliaria 2.0", el Primer Concurso de Relatos **Cortos: Consumidores y** vivienda en tiempos de crisis recoge narraciones, de ficción o basadas en hechos reales, que giran en torno a las malas prácticas y abusos en materia hipotecaria, y que además inciden en la importancia de la lucha colectiva de los ciudadanos por el derecho a una vivienda digna. En el presente libro se publican los diez finalistas, seleccionados entre los 65 originales presentados.

hipotecassinabusos.org adicae.net